

LA
SAGRADA COMUNION.

POR
MONSEÑOR SEGUR.

VERSION DE
D. Luis Maria Wachs,

Edicion de la "Voz de México."

MEXICO.
Imprenta de J. R. Barbedillo y C.^o Escalerillas núm. 21.

1876.

*Con aprobacion de la autoridad
eclesiástica.*

LA SAGRADA COMUNION.

Al publicar este opúsculo sobre la sagrada Comunion, no es mi objeto ilustrar y convencer a los incrédulos; propóngome únicamente fortalecer y confirmar mas y mas en sus sentimientos de devocion y confianza á los cristianos que la reciben ya con mas ó ménos frecuencia. Quisiera ensancharles el corazon, haciéndoles comprender mejor lo que es este Sacramento inefable; quisiera desvanecer cierto temor oculto que les oprime, haciéndoles palpar lo vano, lo fútil, lo infundado de las preocupaciones jansenistas que todavía nos mantienen demasiado alejados de un Sacramento que es todo amor.

Quisiera secundar los esfuerzos de los buenos sacerdotes por resucitar el espíritu de piedad

que animaba á otras generaciones, y renovar, si posible es, aquel fervor de los tiempos antiguos por medio del uso frecuente de la Comunion, á cual fueron deudores de su santificación los primitivos fieles.

.Quisiera finalmente cooperar por mi parte á la grande obra de regeneracion que preocupa á todos los hombres pensadores, obra que no se puede realizar sino con milagros de gracia, Nunca como ahora hubo necesidad de santos, y solo la Comunion hace santos.

La doctrina que expongo es la misma de la Iglesia católica, Madre y Maestra de la verdadera piedad como lo es de la verdadera fé: sobre el particular no abrigo la ménor duda. Te la presento, pues, amado lector, con completa seguridad; y si sacas de ella algun provecho, ruegote en nombre de Nuestro Señor que la propagues, dando á conocer este mi humilde trabajo que consagro á la Santísima Madre de Dios.

Habiéndome tomado la libertad de poner este opúsculo á los pies del Soberano Pontífice, Su Santidad se dignó aprobar, sin restriccion alguna, el pensamiento que lo inspiró y la doctrina en él expuesta. Hé aquí como empezaba

el Breve apostólico, dado el 29 de Setiembre de 1860, que tuvo la dignacion de dirigirme:

“Amadísimo hijo: Nos hemos recibido con el mayor gusto el homenaje de tu libro; y te felicitamos vivamente por el religioso celo, digno de toda alabanza, con que te esfuerzas en excitar á los fieles á un uso mas frecuente de la Comunión eucarística.”

Ademas (y séame permitido llamar sobre este hecho toda la atencion de los lectores,) al principio de la Cuaresma de 1861, el Santo Padre, al dar, segun costumbre, en una sala del Vaticano, la mision y la bendicion apostolica á los predicadores de las estaciones de Roma, les distribuyó con sus propias manos este tratadito, y añadió: *“Mucho bien ha hecho ya este librito, venido de Francia; habria de darse á todos los niños al tiempo de hacer la primera Comunión; todos los párrocos deberian tenerlo, porque contiene las verdaderas reglas de la Comunión, tales como las entiende el concilio de Trento, y como Su Santidad quiere que sean aplicadas, etc.”* Estas preciosas palabras me las refirió un testigo auricular, sacerdote romano, predicador de una de las estaciones de la Cuaresma,

VERDADERA IDEA

DE LA

SAGRADA COMUNION.

Nuestro Señor Jesucristo, está real y efectivamente presente en la divina Eucaristía. Es de fe, y así lo han creído los católicos de todos tiempos y lugares. Aunque oculto tras los accidentes de color, olor, sabor, peso y dimensiones, en la Hostia consagrada vemos el sacratísimo Cuerpo glorificado y celeste de nuestro Redentor, el cual reposa perpetuamente en nuestros altares para ser el centro del culto divino, y dar á nuestras almas en la Comunión la fuerza necesaria para perseverar unidas con Dios.

Propiamente hablando, la Comunión no tiene por objeto ponernos en relacion con Jesucristo,

pues le poseemos ya por la gracia; está ya en nosotros, como nos lo enseña á cada paso la Sagrada Escritura.

Tampoco tiene por objeto la Comunión darnos la vida de la gracia, es decir, la vida espiritual que resulta de nuestra unión con Dios. No puede comulgar el que no vive ya esta vida, el que no esté unido ya á Jesucristo por medio de la gracia; en caso contrario la Comunión sería un horrendo sacrilegio.

¿Cuál es, pues, el verdadero objeto de la Comunión? *Alimentar* la unión santificante y vivificante de nuestra alma con Dios; *mantener y robustecer* en nosotros la vida espiritual é interior; impedir que desfallezcamos en el viaje y en el combate de la vida, perdiendo la santidad que Dios nos infunde por medio del Bautismo y de la Confirmación.

La gracia particular del sacramento de la Eucaristía es, por lo tanto, una gracia de *alimentación y perseverancia*. Así es que nuestro Señor Jesucristo, al hablarnos de la sagrada Eucaristía, declara que nadie puede vivir la vida cristiana sino á condición de comulgar. “En verdad, en verdad os digo: Que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y no be-

biéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros (1).”

Quien quiera ser cristiano y permanecer unido con Dios, ha de participar de la Eucaristía. Lo mismo pasa con el alma que con el cuerpo. Para vivir es necesario comer; la comida no dá la vida; la alimenta y le comunica aquella fuerza que le constituye la salud. En esto el cuerpo es figura del alma. El alma tiene su vida, resultado de su union con Dios por Jesucristo; esta union se llama gracia, y para subsistir tiene necesidad de un alimento; este alimento es Jesus eucarístico que ha dicho de sí mismo; “Yo soy el pan de vida, Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él (2).” Así como el cuerpo no puede conservar la vida sin comer, así tampoco el alma puede perseverar en la gracia sin comulgar. Las fuerzas y la salud del cuerpo dependen de los alimentos que toma, del mismo modo la santidad y el vigor del alma dependen de la Comunión. La Comunión, entiéndase bien, no es una recompensa de la santidad adquirida, sino un me-

[1] Joas. vi, 54.

[2] Joan. vi, 48, 56, 57.

dio y nada mas que medio, de conservar la gracia, de aumentarla y de llegar á la santidad. El alimento corporal tiene identico carácter. No comemos porque tenemos fuerzas, sino para conservarlas ó llegar á tenerlas.

Y de la misma manera que es de esencia de la nutricion física el ser un acto frecuente y habitual de la vida de nuestro cuerpo, así tambien es de esencia de la sagrada Comunión el ser un acto ordinario y habitual de la vida cristiana.

Tal es la verdadera idea que la Iglesia católica nos da de la divina Eucaristía. Así el concilio de Trento invocando el testimonio de todos los siglos cristianos y de los Padres de la Iglesia, expresa formalmente el deseo de que *en la misa los fieles comulgáran, no solo espiritualmente, sino tambien sacramentalmente, á fin de que percibiesen mas abundantes frutos del santo sacrificio* (1).

Y el Catecismo romano, compuesto por orden del concilio de Trento y publicado oficialmente

(1) *Optaret quidem sacrosancta Synodus, ut in singulis missis fideles adstantes, non solum spiritali affectu, sed sacramentali etiam Eucharistiæ perceptione communicarent, quo adeo sanctissimi hujus sacrificii fructus uberius proveniret* (Conc. Trid., sess. 22 c. VI).

te por la Santa Sede, sancionado por numerosas Bulas apostólicas y recomendado por muchísimos concilios provinciales, añada estas graves palabras, cuya autoridad es perentoria: "Sepan los fieles que han de recibir con frecuencia la sagrada Eucaristía. Pero sobre si conviene mas hacerlo cada mes, cada semana, ó cada dia, no se puede prescribir una regla fija y uniforme para todo; sin embargo, hé aquí la segurísima regla que daba San Agustin: *Vive de manera que puedas comulgar cada dia.* Por lo tanto el párroco tiene estrecha obligacion de exhortar con frecuencia á los fieles á que, así como juzgan que es una necesidad dar cada dia al cuerpo el alimento necesario, así tambien no descuiden de alimentar y robustecer cada dia sus almas con este Sacramento: pues es evidente que no necesita ménos el alma del manjar espiritual, que del natural el cuerpo. Y será de gran provecho insistir á este propósito en los grandes y divinos beneficios que reportamos de la Comunión sacramental; asimismo convendrá recordar que ya en otro tiempo habia necesidad de reparar cada dia las fuerzas del cuerpo con el maná, figura del Sacramento del altar; tambien será de la mayor importancia aducir las autoridades de los santos Pa-

“dres, que recomiendan encarecidamente la frecuente recepcion de este sacramento. Pues no fué solamente del Padre S. Agustín aquella sentencia: *Quotidie peccas, quotidie sume*; antes el que considerare diligentemente, verá sin dificultad que fueron del mismo sentir todos los Padres que escribieron de esta manera (1).”

Esta es la verdad, esta la voluntad de Dios, esta la regla que nos da por la palabra augusta

(1) Fideles sæpius iterandam Eucharistiæ communionem existiment. Utrum autem singulis mensibus, vel hebdomadis, vel diebus id magis expediat, certa omnibus regula præscripti non potest; veruntamen illa est sancti Augustini norma certissima: *Sic vive, ut quotidie possis sumere*. Quare parochi partes erunt fideles crebo adhortari ut, quemadmodum corpori in singulos dies alimentum subministrare necessarium putant, ita etiam quotidie hoc sacramento alendæ et nutriendæ animæ curam non abjiciant: neque enim minus spiritali cibo animam, quam naturali corpus, indigere perspicuum est. Vehementer autem proderit hæc loco repetere maxima illa et divina beneficia, quæ ex Eucharistiæ sacramentali communione consequimur; illa etiam figura erit addenda, cum singulis diebus corporis vires manna reficere oportebat; itemque sanctorum Patrum auctoritates quæ frequentem hujus sacramenti perceptionem magnopere commendant. Neque enim unius sancti Patris Augustini est sententia: *Quotidie peccas, quotidie sume*; sed, si quis diligenter attendit erit eundem omnium Patrum, qui de hac re scripserunt, sensum fuisse, facilius comperiet. (*Cat. Rom. de Euchar.*)

é infalible de su Iglesia. Medítela, pues, cada cual, penétrese bien de ella, y reforme, si necesario es, sus opiniones particulares ante esta enseñanza exenta de error.

Una vez comprendido este principio fundamental, probemos de dar una solución clara á las dificultades que se alegan por muchos para privarse ó privar á los otros de los inefables beneficios que alcanza el que comulga con frecuencia.

Mas antes de entrar en materia, establezcamos algunas distinciones importantes:

Comulgar tres ó cuatro veces á la semana, y con mayor motivo comulgar cada dia ó casi todos los dias, es comulgar con frecuencia y con frecuencia absoluta.

Comulgar los domingos y dias de fiesta no es comulgar con frecuencia, tratándose de los sacerdotes, de los religiosos y religiosas, de los seminaristas, y en general de los cristianos que hacen profesion de aspirar con fervor y celo á la perfeccion; pero es realmente comulgar con frecuencia, respecto de los niños y de la gran masa de fieles que no puede consagrar mucho tiempo á las prácticas de piedad,

Comulgar cada mes ó en las grandes festividades no es una Comunión frecuente para nadie,

ni para los hijos del pueblo ni para las gentes del campo, ni para los obreros. Esto no quiere decir que no sea una práctica excelente que debe recomendárseles encarecidamente cuando no se pueda alcanzar mas; pero, de todos modos, no es la Comunión frecuente.

Esto sentado, oigamos y discutamos.

I.

Para comulgar á menudo es necesario ser mas santo de lo que lo soy.

Y para llegar á ser mas santo de lo que eres, es necesario comulgar á menudo.

¿Quién de nosotros dos tiene razon? Evidentemente eres de los que consideran la sagrada Comunión, no como un medio, sino como una recompensa; error profundo, como decíamos poco há.

Es mucha verdad, que para comulgar frecuentemente, se necesita cierta santidad. Pero, ¿qué santidad es esa? ¿Es acaso la perfección de los grandes santos y de los mártires? De ninguna manera; seria de desear sin duda, pero no es un

é infalible de su Iglesia. Medítela, pues, cada cual, penétrese bien de ella, y reforme, si necesario es, sus opiniones particulares ante esta enseñanza exenta de error.

Una vez comprendido este principio fundamental, probemos de dar una solución clara á las dificultades que se alegan por muchos para privarse ó privar á los otros de los inefables beneficios que alcanza el que comulga con frecuencia.

Mas antes de entrar en materia, establezcamos algunas distinciones importantes:

Comulgar tres ó cuatro veces á la semana, y con mayor motivo comulgar cada dia ó casi todos los dias, es comulgar con frecuencia y con frecuencia absoluta.

Comulgar los domingos y dias de fiesta no es comulgar con frecuencia, tratándose de los sacerdotes, de los religiosos y religiosas, de los seminaristas, y en general de los cristianos que hacen profesion de aspirar con fervor y celo á la perfeccion; pero es realmente comulgar con frecuencia, respecto de los niños y de la gran masa de fieles que no puede consagrar mucho tiempo á las prácticas de piedad,

Comulgar cada mes ó en las grandes festividades no es una Comunión frecuente para nadie,

ni para los hijos del pueblo ni para las gentes del campo, ni para los obreros. Esto no quiere decir que no sea una práctica excelente que debe recomendárseles encarecidamente cuando no se pueda alcanzar mas; pero, de todos modos, no es la Comunion frecuente.

Esto sentado, oigamos y discutamos.

I.

Para comulgar á menudo es necesario ser mas santo de lo que lo soy.

Y para llegar á ser mas santo de lo que eres, es necesario comulgar á menudo.

¿Quién de nosotros dos tiene razon? Evidentemente eres de los que consideran la sagrada Comunion, no como un medio, sino como una recompensa; error profundo, como deciamos poco há.

Es mucha verdad, que para comulgar frecuentemente, se necesita cierta santidad. Pero, ¿qué santidad es esa? ¿Es acaso la perfeccion de los grandes santos y de los mártires? De ninguna manera; seria de desear sin duda, pero no es un

requisito; la santidad *exigida* para la Comunión frecuente está á tu alcance y al de todos los verdaderos cristianos, como quiera que es simplemente el estado de gracia con el firme propósito de evitar el pecado y servir á Dios con fidelidad.

¿Se puede pedir ménos? ¿No conoces que Dios te ha de pedir indispensablemente esta disposición del corazón, cuando sin ella no es posible que seas un verdadero cristiano? Porque, dime, ¿qué es un cristiano que permanece en estado de pecado mortal y se complace en el mal? Mas aún; ¿qué es un cristiano, un hijo de Dios que, *con deliberado propósito*, comete y ama el pecado venial?

Como observa Bourdaloue (1), no debemos confundir nunca lo que es *de precepto* con lo que es meramente *de consejo*, confusión que embroja, desde hace dos siglos, nuestra piedad y despuebla nuestros templos. Solo una disposición hay que sea *de precepto* para comulgar digna y útilmente, á saber, el estado de gracia, acompañando del firme propósito de evitar á lo menos el pecado mortal y las ocasiones que nos hacen caer en él. Esta es la ley que rige á toda Comunión, ora sea frecuente, ora no lo sea; ya se

(1) Sermón sobre la Comunión frecuente.

trate de la Comunión cotidiana del sacerdote, ya de la pascual del comun de los fieles. "Solo el pecado mortal, dice santo Tomás, es un obstáculo absoluto para la sagrada Comunión (1);" y Suárez dice igualmente que, "ningun Padre ha enseñado que para comulgar digna y provechosamente se *necesiten* condiciones de mayor perfección [2]. Que estas disposiciones mas perfectas se han de desear y muy de desear, nadie lo pone en duda; la Iglesia las pide á todos los fieles, principalmente á los que comulgan á menudo. Pero al fin y al cabo estas mejores disposiciones son de conveniencia, *de consejo*, y no de precepto riguroso, *ex quadam convenientia*, como dice tanto Tomás, y un buen director, aunque las recomiende con las mayores instancias, no las exige de una manera absoluta, por miedo de privar á las almas del único remedio que las preserva tal vez de caídas mas graves. Ineccessario es añadir que cuanto mas á menudo comulgamos, tanto mas estamos obligados á tener una conciencia mas delicada, á amar á Dios con un amor mas puro y hacerle una entrega

(1) Ex necessitate quidem impedit hominem ab hujus Sacramenti receptione solum peccatum mortale. (III p., q. LXXX a VII).

(2) Disput. LXIII. sect. 8.

mas total y generosa de todos nuestros afectos y sentimientos, potencias y sentidos; de suerte que tratándose de la Comunión cotidiana, el consejo se confunde con el precepto (1.)

De todo lo cual resulta que, para comulgar con frecuencia y *dignamente*, Nuestro Señor solo te pide en definitiva que seas un verdadero cristiano y que te halles sinceramente animado de *buena voluntad*. Esa buena voluntad, ¿la tienes? Responde en conciencia. Si no la tienes estás obligado á adquirirla; de otra suerte violas las sagradas promesas que hiciste en el Bautismo; y si la tienes, ¿por qué no ir á comulgar, á fin de robustecerla y confirmarte mas y mas en ella? Tal es el argumento claro y sin réplica que en otro tiempo dirigia á los fieles de Constantinopla el grande Arzobispo y doctor San Juan Crisóstomo: “O bien estais en gracia de Dios, les decia, ó no. Si estais en gracia, ¿por qué no habeis de recibir la Comunión, que ha sido instituida para manteneros en ella? Si estais en pecado, ¿por qué no habriais de ir á purificaros por medio de una buena confesion, y acercaros en seguida á la sagrada mesa, en don-

(1) Vasee el *Cielo abierto*, por el abate Favre, misionero de Saboya, donde se trata de esta materia con mas extension.

de recibireis la fuerza necesaria para no volver á caer? ”

II.

No soy digno de acercarme á Dios.

Si esta razon fuese valedera, no podriamos comulgar nunca, porque, como dice San Ambrosio, “el que no es digno de comulgar cada dia, ¿lo será al cabo de un año?” (1)

Dices que eres indigno de comulgar; ¿pero no sabes que á medida que te vas alejando de Jesucristo, te haces indigno y mas indigno de acercarte á El?

Tus faltas crecen cuanto menos frecuentes los Sacramentos, porque te privas de aquel Pan de vida que el concilio de Trento, con San Ignacio de Antioquia, propone á los fieles como antídoto contra el pecado y prenda segura de la inmortalidad. (2)

(1) *De sacramentis*, lib. V., cap. IV.

[2] *Antidotum peccati, pharmacum immortalitatis.* (Epistolae.—Antidotum quo liberemur a culpis quotidianis, et a peccatis mortalibus praeservemur. (S. 13, cap. II.

Deja, pues, á un lado esa falsa humildad, esa humildad de contrabando. Muy bien sabe la Iglesia que no eres digno de comulgar, y sin embargo te invita á hacerlo con frecuencia y con mucha frecuencia, si quieres llegar á ser un verdadero servidor de Dios. También sabe ella que no eres digno de comulgar, ni tú ni nadie, que obliga á todos sus hijos, á los sacerdotes y hasta á los mismos obispos, á decir, no una vez sola, sino tres veces y del fondo del corazón, antes de comulgar: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum*. ‘Señor, no soy digno de que entres en mí.’”

La Iglesia no te hace comulgar porque seas digno, sino porque tienes necesidad de comulgar para ser lo ménos indigno posible de tu santísimo y bondadosísimo Señor. Te exhorta á comulgar, no porque eres santo, sino para que puedas llegar á serlo; no porque eres fuerte, sino porque eres débil é imperfecto, inclinado al mal, fácil de seducir y pronto á pecar.

El *miedo* á Dios no es una virtud; la perfección de la piedad es el *amor*. Ahora bien: el verdadero amor, ó lo que es igual, “la perfecta caridad echa fuera el temor,” (1) el temor ser-

[1] Perfecta charitas foras mittit timorem. (I Joan. VI, 18).

vii. La caridad no conserva del temor sino aquel respeto filial que se concilia admirablemente con la ternura y la confianza, y que podríamos llamar el *respeto del amor*. El temor servil, ó mas bien cerval de Dios, es propio de esa piedad jansenista, tan falsa como peligrosa, que cierra y oprime el corazón, destruye el amor y la confianza, seca los mas generosos sentimientos y arroja á las almas al vacío y á la desesperacion.

La verdadera humildad va siempre acompañada de la confianza. Un piadoso doctor del siglo cuarto se pregunta: ¿Cuál es mas humilde, el fiel que comulga con frecuencia, ó el que lo hace raras veces? Y responde sin vacilar que es mas humilde el que recibe mas á menudo á Jesucristo, porque con esto da una prueba cierta y una señal indubitable de que conoce mejor su miseria y de que siente mas la necesidad de remediarla.

Animo, pues, y confianza; vé á Jesus, pues to que te ama, indigno como eres de su amor; dirígete á El con humildad, ternura y sencillez y fija mas tu consideracion en el amor que te tiene Dios que en tus propias misorias; que cuanto mas comulgarás mas digno serás de comulgar.

III.

Cuando se comulga á menudo, este acto tan grande y trascendental llega á hacerse por rutina, y no causa ya ninguna impresion.

Que no cause impresion á la imaginacion y á los nervios, es imposible; pero no sucede lo mismo con la voluntad. Dígolo por experiencia, pues mi ministerio me permite asistir cada dia como testigo á las asombrosas y admirables transformaciones que la comunión frecuente opera en los corazones bien dispuestos.

Cierto es que si en la comunión no se van á buscar sino las dulzuras de una devoción sensible, acontecerá á veces que vayan disminuyendo, á medida que mas se frecuente el Santísimo Sacramento..... Pero en la comunión no hemos de ir á buscar una devoción sensible, lágrimas é impresiones; si Dios nos las dá, demosle gracias por ello, á la manera que un niño da gracias á su madre por los dulces y golosinas que ésta le dá despues de la comida, pero así como los postres son poco nutritivos y no pasan :

de ser un accésorio de la comida, así tambien en la vida espiritual y devota, y en la comunión que es el grande acto de la misma, debemos poner la mira en lo sólido, debemos aspirar al acrecentamiento de las virtudes cristianas. de la humildad, de la mansedumbre, de la penitencia, de la propia abnegacion y de la caridad, y no dar demasiada importancia, á los consuelos sensibles que en su último resultado son unos como dulces y golosinas espirituales.

“No os engañe el pensar que tendreis más devoción cuando comulgareis con menos frecuencia, dice San Alfonso. No hay duda que come con mas apetito el que come de tarde en tarde; pero en cambio está muy léjos de tener las mismas fuerzas del que hace sus comidas á horas regulares. Si comulgais pocas veces, acaso os sintais más conmovidos, acaso vuestra devoción sea algo mas sensible; pero no creais por eso que vais á sacar mas provecho de la Comunión, porque a vuestra alma le faltarán fuerzas para evitar las faltas.

No des, pues, demasiada importancia á un fervor algo mas sensible, pero pasajero; y emprende el camino de la piedad con miras mas elevadas. Proponte por objeto en tus Comuniones alcanzar el verdadero amor práctico de Je-

ses, y lo conseguirás siempre. Cuando comulgares para ser mas fuerte en las tentaciones, para ser mas casto, mas dado á la oracion, mas animoso en los combates de cada día, puedes tener la seguridad de que sacarás gran provecho de tus Comuniones, y de que cuanto mas frecuentes sean, tanto mas efecto te producirán.

IV.

Temo familiarizarme con las cosas sagradas.

Este temor puede ser bueno, como puede dejar de serlo. Si por *familiaridad* entiendes negligencia y rutina, tu temor es justo.

La rutina es á la buena costumbre lo que el abuso al uso. Conviene usar de las cosas buenas, no abusar; pero tampoco conviene que el temor del abuso nos impida el uso. De otra suerte no se podria hacer nada, porque se puede abusar de todo. Guárdate, pues, cuidadosamente de la rutina en las cosas que son del servicio de Dios.

Mas si por familiaridad entiendes intimidad, union habitual, tierno abandono y dulce confianza, harias muy mal en cerrar la entrada de

tu corazon á un sentimiento tan digno de las consoladoras verdades de nuestra Religion.

Al aconsejarnos la Comunión frecuente, la Iglesia nos exhorta á la verdadera familiaridad con Nuestro Señor, que es nuestro amigo celestial, y cuyo amor se concilia maravillosamente con el respeto.

¿Quién ha profesado mas profundo respeto á Dios que los Santos de todos los siglos? Y sin embargo, ¿no le han amado siempre con las mas tierna e íntima familiaridad? Y sin remontarnos tan alto, de los cristianos que conocemos, ¿quiénes son los que respetan mas de veras á Dios y su ley, y sus sacramentos, sino los que los frecuentan con más asiduidad?

No solamente no debes temer familiarizarte con Jesucristo, *habituarte* á frecuentar el divino Sacramento, sino que debes procurar con el mayor empeño adquirir y formarte esta santa costumbre. Los buenos hábitos son tan de desear, como peligrosos son los malos.

Puélese afirmar que nadie es verdadera y sólidamente cristiano, sino cuando el servicio de Dios ha llegado á ser para él un hábito, una segunda naturaleza; ahora bien, la sagrada Comunión es el centro del servicio de Dios. "Un día sin misa y sin Comunión es para mí como

un plato sin sal," me decía una vez un excelente servidor de Dios protestante y convertido.

Acostúmbrate á comulgar, á comulgar bien, y para ello comulga con frecuencia. "No se hacen bien, dice San Francisco de Sales, las cosas que no se hacen á menudo, y los mejores oficiales son los más prácticos en las cosas de su oficio."

V.

No me atrevo á comulgar sin confesarme, y no puedo confesarme á cada momento.

Y ¿quién te pide esa perpétua confesion? La Iglesia, que nos exhorta encarecidamente á comulgar á menudo y hasta, si posible es, á comulgar cada día, nunca nos ha impuesto la obligación de confesarnos cada vez que comulgamos.

No hemos de ser más católicos que el Papa, no hemos de crearnos obligaciones que, léjos de habernos sido impuestas, ni siquiera se nos aconsejan. Aun más añado que en el caso presente tu temor es opuesto al espíritu de la Ige-

ela. No hay más que un caso en que, según el concilio de Trento, haya *obligacion* de confesarse antes de comulgar; á saber: "cuando se tiene conciencia de haber cometido un *pecado mortal*, *sibi conscius peccati mortalis* (1)." Pero las almas cristianas que se acercan con frecuencia á los Sacramentos, pocas veces caen en pecado mortal.

Por lo que toca á aquellas faltas ménos graves que se llaman veniales y que son inherentes á la flaqueza humana, la fe nos enseña expresamente que quedan *completamente* borradas con un acto de amor de Dios y de sincero arrepentimiento; y para facilitarnos todavía más esta purificacion, la Iglesia en su solicitud maternal ha establecido, con el nombre de *Sacramentales*, medios muy sencillos con cuyo empleo quedan purificadas nuestras conciencias: tales son, entre otros, hacer la señal de la cruz con agua bendita, rezar el *Padre nuestro*, el *Confiteor* en la misa, etc.

Y si despues de esto titubeases aún en comulgar á causa de algunos pecados veniales que habieses cometido desde la última confesion, oye al concilio de Trento, la gran voz de la

(1) Conc. Trid., sess. 13, cap. VI.

Iglesia católica, declarar que “la sagrada Comunión preserva del pecado mortal y borra las culpas veniales. (1).”

Medita y comprende bien estas palabras del Concilio; no fué instituida la confesion para borrar tus faltas de cada dia, sino la Comunión, esa Comunión á la que tienes tanto miedo. Las *culpas cotidianas*, con tal que te arrepientas sinceramente de ellas, con tal que las detestes, la Comunión las devorará directamente como el fuego devora la paja; el fuego no consume las piedras ni el hierro; pero sí que devora y consume la paja. Ahora bien, las piedras y el hierro son los pecados mortales que solo pueden desmenuzarse y reducir á polvo el rudo martillo de la confesion; la paja son esas faltas ménos graves que por desgracia cometemos cada dia, á pesar de nuestros buenos deseos.

El jansenismo es el que introdujo entre nosotros este temor anticatólico, que, bajo pretexto de mayor santidad, ensalza la confesion á expensas de la Comunión, nos fatiga con una carga abrumadora de escrúpulos, falsea nuestras conciencias, y con terneros *respetuosamente* ale-

(1) Antidotum quo liberemur a culpis quotidianis et a peccatis mortalibus praeservemur. *Conc. Trid.*, sess 13, c. 11.

jados de la Eucaristía, foco vivo y fuente de toda santidad, hace las delicias del diablo.

Si Dios reina en tu corazon, comulga valerosamente, sin temor, antes bien con gozo, á pesar de tus cotidianas flaquezas. Si fueses á encontrar muy á menudo á tu confesor, podrias tener acaso temor de cansarle; pero yendo á comulgar á menudo y aun cada dia, no cansarás á Jesus que tanto te ama: te lo aseguro.

VI.

No se puede comulgar sin preparacion, y no tengo tiempo para preprarme del modo debido.

La cuestion no está en saber si se puede comulgar sin preparacion; claro está que un acto tan sagrado no puede hacerse á la ligera é inconsideradamente. La falta de preparacion lleva á la tibieza y hace no so o inútiles, sino hasta peligrosas, las mas excelentes prácticas religiosas. Sí, no hay duda: debemos prepararnos y prepararnos con el mayor cuidado y solicitud, para recibir la sagrada Eucaristía; más todavía, cuando nos hayamos preparado bien y muy bien,

aun debemos humillarnos á la presencia de Dios y pedirle encarecidamente que se digne suplir con su misericordia los defectos de nuestra preparacion.

Pero ¿en qué consiste esta preparacion? ¿Será *necesario* multiplicar las prácticas de piedad, ó hacer largas meditaciones? De ningun modo: muy bueno y laudable es todo esto, y hasta *necesario* para el que tiene tiempo, más no todos le tienen. La Iglesia que nos exhorta á todos, cualquiera que sea nuestra condicion, á comulgar con frecuencia, es la primera en decirnos que ante todo debemos cumplir con las obligaciones de nuestro estado.

¿Qué debemos, pues, hacer para disponernos bien? Vivir cristianamente, es decir, orar atenta y devotamente, elevar con frecuencia nuestro pensamiento á Dios, mantenerse interiormente unidos á él, velar sobre nuestro genio á fin de evitar las faltas ligeras, dedicarnos valerosamente al cumplimiento de nuestros deberes para agradar á Dios, y ejercitarnos en la práctica de la humildad y de la mansedumbre. El género de vida que llevamos, esa es la verdadera preparacion para la sagrada Comunión; así como la verdadera acción de gracias está en el buen empleo de las horas del día despues que

nos hemos alimentado con el pan de los Angeles.

¿Qué es lo que te impide obrar así? ¿Se necesita mucho tiempo para pensar en nuestro Señor, y para amarle? ¿Necesitas mucho tiempo para conservarte puro y bueno y para proponerte en todas tus acciones un fin cristiano que las santifique? ¿Necesitas mucho tiempo para consagrar todos tus pensamientos, afectos y deseos á la mayor gloria de Dios? No se necesita más tiempo para ser bueno que para ser malo, ni para vivir por Jesucristo que para vivir por el mundo.

“La Comunión frecuente, dice Corne'lio Aldá pido, es la mejor preparacion para la Comunión. La Comunión de hoy es una accion de gracias de la de ayer y la mejor preparacion para la de mañana..... Con la Comunión sucede lo mismo que con la oracion: cuanto más se ora, mejor se ora y más gusto se halla en orar.”

“Así, añade san Alfonso, aun cuando no hayas tenido tiempo para prepararte porque te lo haya impedido una obra buena ó una obligacion de tu estado, no dejes por eso de comulgar. Basta con que procures evitar toda conversacion inútil y toda ocupacion no urgente.”

No es esto decir que deban omitirse las oraciones y los ejercicios de piedad que constituyen la preparacion inmediata, así como la accion de gracias tambien inmediata para la recepcion del augusto Sacramento. No, la preparacion y la accion de gracias inmediata son del todo necesarias como nos lo enseña el papa Inocencio XI, y con él todos los doctores de la Iglesia y todos los maestros de la vida espiritual. Sin ellas, bien pronto debilitaríase en nuestros corazones el sentimiento de respeto á la sagrada Eucaristía, y no tardaria en extinguirse, ó á lo menos en languidecer el espíritu de fe. Si podemos disponer de mucho tiempo, consagrémoslo á la Comunión; mas si tenemos poco, como sucede con frecuencia, contentémonos con el necesario, y suplamos con nuestro fervor y devocion las horas que no hayamos podido dedicar á la preparacion.

San Francisco de Sales completa los prudentes consejos que acabamos de consignar en estas páginas, trazando en su *Introduccion* la línea de conducta que sería de desear que todos nosotros observásemos. “La víspera, dice, retírate tan temprano como te sea posible, á fin de que puedas recogerte y orar en paz. Por la mañana al despertarte, saluda de antemano al divino

Salvador que te está aguardando. Al ir á la Iglesia, ofrece tu Comunión á la santísima Virgen, y recibe luego con el corazon lleno de amor á Aquel que se da por amor."

Persuádete de que en esto como en muchas otras cosas querer es poder, y de que, como lo desees deveras, encontrarás siempre tiempo y lugar para prepararte y comulgar. ¡Cuántas personas de todas condiciones y edades he conocido que parecían estar materialmente imposibilitadas de comulgar con frecuencia, y que, sin embargo, encontraban, inspirándose en su fervor, medio de satisfacer los deseos de su piedad! He conocido un pobre niño que se veía rigurosamente maltratado por sus brutales é impíos padres, cuando estos sabían que habia cumplido con sus deberes religiosos; pues bien, este niño se las componia tan bien que, desde su primera Comunión, no dejaba pasar, por decirlo así, un solo domingo sin recibir la sagrada Eucaristía. Levantábase antes del amanecer, salia secretamente, iba á la iglesia y comulgaba; luego daba gracias por el camino, y volvíase á casa sin que sus padres se hubiesen apercibido de su ausencia. Asimismo conozco en París á muchas madres de familia que van cada dia, tanto en invierno como en verano, á misa

primera, á fin de que estando de vuelta temprano, no causen molestias con su ausencia ni á sus maridos ni á sus hijos.

Ten igual buena voluntad; inspírate en iguales sentimientos de fe y de amor, y tambien tú encontrarás tiempo de recibir frecuente y santamente la divina Eucaristía: *Vade, et tu fac similiter.* Ve y haz lo mismo.

VII.

Mas al comulgar mi corazon se queda frio é insensible; estoy distraido y no siento el menor fervor, la menor devocion.

Cuando por la milagrosa pesca conoció san Pedro la divina santidad y majestad de Aquel que habia entrado en su barca, se arrojó á los pies de Jesus, y le dijo: *Exi a me, Domine, quia homo peccator sum.* “Apartaos de mí, Señor porque soy un hombre pecador” Y el buen Maestro le contestó: *Noli timere.* “No temas (1).”

No temas tú tampoco: ¿no entregaste tu corazon á Dios? ¿no quieres servirle bien y fielmente? Pues no te pide más. Las distraccio-

(1) Luc. v. 8.

nes deben humillarnos, no desanimarnos; está seguro de que la mayor parte de las veces no son voluntarias, y, por lo tanto, no nos privan del fruto de nuestras Comuniones. Si tienes buena voluntad, buena será también la Comunión.

¿Piensas que los Santos no experimentaron también esas tristezas, ese tedio, esa privación de todo consuelo sensible, esas importunas distracciones de que te quejas? San Vicente de Paul sufrió por espacio de dos años enteros tan gran sequedad de espíritu, que ni aun podía formular un acto de fe; y como el demonio se aprovechara de su situación angustiosa para turbar la paz de su alma con fuertes tentaciones, el Santo puso sobre su corazón, cosido en la sotana el Credo que había escrito al efecto, y una vez por todas convino con Nuestro Señor que cuando pondría la mano sobre aquella fórmula se entendería que hacía los actos de fe y piedad que no le permitía el estado interior de su alma. Permaneciendo incontrastable en su fe, continuó sus ejercicios espirituales, sin dejar uno solo, celebrando cada día la misa. Y pregunto ahora: ¿eran buenas las Comuniones?

Fenelon pasó los últimos años de su vida sufriendo penas iguales, y escribía á su piadoso

amigo, el duque de Beauvilliers: "Experimento una sequedad de espíritu terrible, y la paz de que gozo es muy amarga."

Estas son las pruebas con que el Señor purifica comunmente á todos sus verdaderos servidores; esta la vida ordinaria por donde lleva á sus escogidos á la cima de la perfeccion cristiana; y precisamente la Comunión frecuente es, segun santa Teresa, el mejor remedio para esas almas desoladas.

Por otra parte, muchas veces la sagrada Eucaristía obra en nuestra alma sin que lo echemos de ver, como observa san Lorenzo Justiniano; y el gran doctor san Buenaventura, añade: "Aunque te sintieres tibio y sin devocion, no debes por eso dejar de acercarte á la sagrada Mesa; porque, quanto mas enfermo estuvieses, mas necesidad tienes de médico (1)." Un santo sacerdote, director de Seminario, me decia igualmente cierto dia: "Temo ménos la negligencia en la Comunión, que la negligencia de la Comunión, siempre la muerte es peor que la enfermedad."

La Eucaristía es el foco del amor de Dios; luego quanto mas frio te sientas; tanto mas cer-

(1) De Perfect, relig., cap, XXI.

ca debes ponerte de ese fuego que despiden ardores divinos.

Además, ¿no tendrías tú la culpa de esa sequedad que tantas inquietudes te causa? ¿Pones mucho cuidado de evitar las faltas veniales? ¿Te guardas mucho de disgustar al Espíritu Santo? Ordinariamente las infidelidades de esta clase tienen por consecuencia inmediata, diré más, por castigo, una especie de tristeza, un abandono aparente, durante el cual el alma se vé privada de toda dulzura espiritual.

Otra observacion: estas tus penas ¿no podrian provenir tambien de un encogimiento, de una mezquindad, por decirlo así, de sentimientos; de una piedad, en fin, demasiado personal? Cuando comulgues, y en general cuando ores, piensa mas en los otros que en tí. La caridad te hará mucho bien. Tu corazon se ensanchará á medida que te ocupes de la salvacion de tus hermanos, de la conversion de los pecadores y de los intereses de la fé. Al rogar por tus semejantes se te despertarán unos sentimientos y una atencion que no tenias cuando pensabas exclusivamente en tí solo.

Por último, debes saber que ese tedio, ese hastío y disgusto por las cosas del alma son casi siempre una tentacion. Viendo el maligno

espíritu que no puede atacarte de frente, se venga ostigándote incesantemente, para que el cansancio te obligue á abandonar la buena senda. Sé mas astuto que él: él quiere desalentarte no dándote punto de reposo; mantente, pues, firme y tranquilo, que no se hará esperar mucho el tiempo de la paz y de los dulces consuelos.

VIII.

¿Como he de atreverme á comulgar con frecuencia, si siempre vuelvo á caer en las mismas faltas?

¿Y piensas que serás mejor cuando comulges menos?

Si tomando el ordinario alimento tus fuerzas desfallecen, ¿qué será cuando no comas nunca ó casi nunca? En lugar de ser débil, te morirás de hambre. Absteniendote de comer el Pan de los fuertes, centuplicarás tu debilidad y tendrás que llorar, no ya ligeras faltas como ahora, sino caidas gravísimas, pecados mortales. “Cada dia pero, decia San Ambrosio, citado por santo Tomás; cada dia poco, luego cada dia necesito tomar

la medicina; *quotidie pecco, quotidie remedio indigeo* (1) Y en otro lugar: "Este Pan de cada dia se toma como remedio de las flaquezas de cada dia [2]."

Esto es lo que la Santísima Virgen dijo un dia á Santa Francisca Romana, muy afligida y turbada por los pocos progresos que observaba en sí á pesar de sus comunios. "Hija mia, díjole con ternura, las faltas que cometes no deben ser parte para que te abstengas de presentarte á la sagrada Mesa; muy al contrario, deben excitarte mas y mas á participar del convite celestial, porque en él encontrarás el remedio á todas tus miserias."

Es verdad que la Comunión nos preserva de caer en el pecado mortal, pero tambien lo es que ni aun la cotidiana nos hace *impeccables*. Mientras estamos en la tierra cometemos pecados, de manera que se puede decir muy bien que los mejores de entre nosotros no son, en último resultado, sino los menos malos. Sefrámonos, pues, á nosotros mismos, ya que Jesucristo nos sufre.

(1) Sum III part. quæst. 80, art. 10.

(2) Iste panis quotidianus sumitur in remedium quotidianæ infirmitatis. (S. Ambros., lib. IV, de Sacram. Cath. Rom.).

Así lo han hecho todos los santos; así lo hacían los primitivos cristianos, los cuales, á pesar de que comulgaban cada día, eran sin embargo tan débiles como nosotros. Porque verán grandemente los que se figuran que eran todos santos: los escritos de los Apóstoles y los documentos que nos quedan de los primeros siglos de la Iglesia prueban sobradamente lo contrario.

En efecto, San Pablo no escribe carta en que no eche en cara á muchos de ellos "sus divisiones, su inconstancia, su ingratitude y sus negligencias. San Cipriano se queja amargamente de las debilidades y flaquezas de los cristianos de Cartago. San Agustín y otros escritores eclesiásticos hablan también de las miserias en que caían los fieles de sus días. Luego, no todos los primitivos cristianos eran santos; y sin embargo, repito que comulgaban cada día. El papa San Anacleto, citado por Santo Tomás de Aquino, nos dice que esta regla venía directamente de los Apóstoles: *Sic et Apostoli statuerunt*, y que tal era la doctrina de la Iglesia romana *et sic sancta tenet Romana Ecclesia* (1) Esta decretal forma parte de las Constituciones apóstolicas, las

(1) *Const. apost.*, Summ III part q. 80, art. 10.

cuales segun el comun parecer de los teólogos de mas nota, se remontan por lo menos al siglo II.

La Comunion cotidiana no les hacia, pues, impecables; pero sí que les daba fuerzas para no caer en muchas faltas graves, infundia á muchos de ellos virtudes heróicas, y les hacia llegar á un incomparable grado de perfeccion y santidad.

Lo mismo nos sucederá á nosotros. Aunque no nos haga perfectos, la sagrada Comunion destruirá poco á poco nuestros defectos y nos hara crecer insensiblemente en piedad y sabiduria del cielo.

No te admires de que semejante trasformacion no se haga en un dia. ¿Cuántos años no se necesitan para que un niño llegue á ser hombre? Vemos acaso cómo va creciendo? Y sin embargo, por un trabajo continuo é insensiblê; aunque no ménos real por eso, trabajo al cual contribuye cuando come y bebe, el niño crece cada dia.

No te admires tampoco si vuelves á caer en las *mismas* faltas. La piedad y la Comunion perfeccionan nuestra naturaleza, no la destruyen; por consiguiente, aunque estemos sometidos á la accion santificante de Jesucristo, con-

servámos nuestra personalidad y el gérmen de nuestros defectos dominantes. Ese gérmen es el lado débil, el punto vulnerable; al cual el demonio dirige sus incesantes ataques; y de ahí proceden esas recaídas, arto frecuentes por desgracia, que fatigan y humillan á los cristianos, pero que no deben abatirlos y desalentarlos.

Si consultando la conciencia puedes decirte á tí mismo que no amas el pecado y que quieres servir fielmente á Jesucristo, no te turbe ni espante la consideracion de las faltas en que caes cada dia, pues la comunión te purificará y librará de las mismas, como has podido ver mas arriba que enseña formalmente el sagrado concilio de Trento.

Si los directores de almas no pueden, á pesar de sus deseos aconsejar á todos los penitentes el uso frecuente de la Comunión, es porque desgraciadamente hay pocos cristianos sinceramente dispuestos á evitar hasta las menores faltas y á consagrar á Jesucristo todos los pensamientos de su alma y todos los afectos de su corazón. Per la misma razon Santo Tomás, que establece tan categóricamente en su *suma* la tesis católica y tradicional de la excelencia de la Comunión cotidiana, dice: que no *todos* los

fieles indistintamente deben recibir cada dia la Sagrada Eucaristía."

Reverencia y amor; tal es la conclusion práctica del Angel de las escuelas; pero tiene cuidado de hacer notar "que el amor y la confianza son preferibles al temor (1)." No olvidemos nunca esta preciosa máxima y obremos en conformidad con ella.

IX.

Comulgando á menudo, temo escandalizar á las personas
que me conocen.

¿Hab'as de los cristianos á medias, es decir, de esa multitud de gente que no entiende pizca de las cosas de Dios, por mas que observe algunas prácticas de religion? Sabes tan bien como yo qué cosa se debe hacer de sus críticas. Déja que digan cuanto quieran; las censuras de esa clase de gentes, son casi un elogio.

(1) *Amor et spes praeferuntur timori* (3.^a part. quaest. 80, art. 10.)

servamos nuestra personalidad y el gérmen de nuestros defectos dominantes. Ese gérmen es el lado débil, el punto vulnerable; al cual el demonio dirige sus incesantes ataques; y de ahí proceden esas recaídas, arto frecuentes por desgracia, que fatigan y humillan á los cristianos, pero que no deben abatirlos y desalentarlos.

Si consultando la conciencia puedes decirte á tí mismo que no amas el pecado y que quieres servir fielmente á Jesucristo, no te turbe ni espante la consideracion de las faltas en que caes cada dia, pues la comunión te purificará y librará de las mismas, como has podido ver mas arriba que enseña formalmente el sagrado concilio de Trento.

Si los directores de almas no pueden, á pesar de sus deseos aconsejar á todos los penitentes el uso frecuente de la Comunión, es porque desgraciadamente hay pocos cristianos sinceramente dispuestos á evitar hasta las menores faltas y á consagrar á Jesucristo todos los pensamientos de su alma y todos los afectos de su corazón. Por la misma razon Santo Tomás, que establece tan categóricamente en su *suma* la tesis católica y tradicional de la excelencia de la Comunión cotidiana, dice: que no *todos* los

fieles indistintamente deben recibir cada día la Sagrada Eucaristía."

Reverencia y amor; tal es la conclusión práctica del Ángel de las escuelas; pero tiene cuidado de hacer notar "que el amor y la confianza son preferibles al temor (1)." No olvidemos nunca esta preciosa máxima y obremos en conformidad con ella.

IX.

Comulgando á menudo, temo escandalizar á las personas que me conocen.

¡Hablas de los cristianos á medias, es decir, de esa multitud de gente que no entiende pizca de las cosas de Dios, por mas que observe algunas prácticas de religion? Sabes tan bien como yo qué cosa se debe hacer de sus críticas. Deja que digan cuanto quieran; las censuras de esa clase de gentes, son casi un elogio.

(1) *Amor et spes praeferuntur timori* (3.^a part. quæst. 80, art. 10.)

¿Se trata, por el contrario, de personas pías? Puedes estar seguro de que no las escandalizarás viviendo como corresponde á un cristiano que lo sea de veras. ¿Sabes qué es lo que escandaliza en una persona que comulga á menudo? ¿Sus comuniones? No por cierto, sino su negligencia y flojedad en repimir su mal genio en conformar su vida ordinaria con las prácticas religiosas á que se dedica: lo que escandaliza son sus impaciencias, sus murmuraciones, sus glotonerías, el regalo con que se trata, las exageradas precauciones que toma por conservar su salud, y finalmente, esa multitud de defectos que pasan de imperfecciones, defectos que no pueden escapar á las miradas de una conciencia algo solícita de su santificación.

Si, lo que Dios no quiera, te reconocieses en este retrato, sería necesario que aplicases sin demora un remedio eficaz á este mal que es muy real. Convendría, no que dejases de comulgar, sino que te armases de mayor decisión, para llevar una vida mas santa y digna de Nuestro Señor Jesucristo.

Ya sé que, hasta entre los buenos cristianos, hay personas tampoco ilustradas que se escandalizan de niñerías. Sin dejar de evitar lo que pueda dárles un motivo más ó ménos fundado

de escándalo, no debes preocuparte demasiado de lo que dirán: pues por mas que hagas, no lograrás contentar á todo el mundo. Procura agradar á Dios; proponte un dia recto y honesto en todo lo que hicieres, acepta con humildad los diversos juicios y apreciaciones que tu conducta merezca á las personas honradas, y aprovechate de ellos, si es posible, para enmendarte. Cuando tengas alguna duda, dirígete á un sacerdote ilustrado y práctico en las vias del Señor, consúltale con sinceridad, y sigue sus consejos.

Este era tambien el sentir del sabio y piadoso Fenelon, que tan alto proclamaba la utilidad y conveniencia de la Comunión frecuente, “Debemos acostumbrarnos, decia: á ver fieles que cometen pecados veniales, á pesar de sus sinceros deseos de no cometer ninguno, y que, no obstante, comulgan con fruto cada dia. No deben causarnos tanta extrañeza y espanto las imperfecciones que Dios permite en ellos para hacerlos mas humildes, que no veamos al mismo tiempo las faltas mas graves y peligrosas de que les preserva este remedio cotidiano.

“¿Por qué hemos de escandalizarnos al ver á buenos y virtuosos seglares que, para alcanzar mas completa victoria sobre sus imperfecciones

y resistir mejor á las tentaciones de un mundo corrompido y corruptor, se alimentan del Pan de los fuertes, de aquel Pan que, bajado del cielo, es fuente purísima de toda perfeccion y santidad?

“Despreciad los juicios de reformadores siempre dispuestos á escandalizarse de cualquier cosa y á criticarlo todo; seguid mas bien los consejos de un director experimentado que os trace el verdadero camino *segun el espiritu de la Iglesia.*”

Vigila, pues, cuidadosamente sobre tí mismo; guárdate tanto de los escrúpulos como del relajamiento; renueva cada dia tus buenos propósitos, y precinde todo lo posible del *qué dirán.*

X.

Comulgando á menudo disgustaria á mi familia.

Pregunto ahora: ¿al comulgar lo haces por tu familia, ó bien lo haces por tí? Dado caso que á tu familia le disgustase el que comieses diariamente, ¿dejarás por eso de hacerlo?

No hay duda qué son una cosa grande y santa la obediencia filial y los deberes de la familia, pero siempre y cuando la familia no se meta sino en lo que le concierne. Se muy bien que, hascierto punto, aun en lo que mira al servicio de Dios, estamos obligados á condescender con ciertas exigencias de los nuestros; pero á esta condescendencia hay un límite, siendo para todos un estricto deber el respetarlo. Justamente siendo los Sacramentos, mas que otra cualquiera cosa, completamente independientes de la jurisdiccion de la familia, lo mejor es dejar la resolucion de este grave y delicado caso de conciencia al juicio de la Iglesia y de sus ministros.

La sagrada Comunión es el manantial de toda gracia, y la fuente de toda dulzura y bondad; resultando de aquí que, cuando mas á menudo comulgues, empleando todos los medios para hacerlo lo mejor posible, te irás perfeccionando de dia en dia; no será tu familia la última en apercibirse de ello, y como no será tampoco la última en sacar provecho de tu perfeccionamiento se guardará muy mucho de crearte ningun obstáculo. Sé prudente y firme; pues de este modo encontrarás ciertamente medios para frecuentar los santos Sacramentos, sin necesidad de molestar á nadie.

Pero si desgraciadamente, á pesar de todos tus miramientos y precauciones, tuviese todavía algo que decir de tu piedad tu familia, no te detengas por eso; antes al contrario, adelanta con paso firme, y seguro aparentando no observar nada absolutamente; y veras como por este medio consigues vér desvanecida muy pronto toda preocupacion ó que á lo menos se acostumbren á verte comulgar, de la misma manera que se habitua uno á las cosas que le disgustan. ¿Sabes tú, por ventura, si Dios Nuestro Señor quiere recompensar de este modo tu constancia, atrayendo á su amor á aquellos mismos que hoy procuran aparte de Él, valiéndose para esto de cuantos medios estan á su alcance?

Esto es lo que, en el momento mismo en que escribo estas líneas, le está pasando á un rico comerciante de Paris, hombre profundamente indiferente en materias de religion, y sumamente opuesto á toda práctica de piedad. Habiendo este hombre enviudado hace ya algunos años, mandó á sus dos hijas á un excelente y magnífico colegio, en donde recibieron una educacion sólida y profundamente cristiana. Apenas habia cumplido diez y seis años su hija mayor, cuando tuvo a bien sacarla del colegio para encargarla del gobierno de la casa. Esta jóven,

tan firme como piadosa, no interrumpió ni por un momento las prácticas cristianas, por más que se vió obligada, para no irritar a su padre, á ocultarlas cuidadosamente. Este, sin embargo, la sorprendió una mañana, al volver de misa en compañía de su camarera; y como no se hubiese desayunado todavía, sospechando algo, preguntóle: “¿Has comulgado?—Sí, papá, contestóle sin vacilar un instante la jóven, y al mismo tiempo he rogado mucho por V. —¿Y comulgas á menudo? añadió el padre con tono áspero y severo.—Si, papá, á menudo, muy á menudo tengo esta dicha: esto es lo que me da fuerza y valor para llenar cumplidamente todos mis deberes y en particular para conducirme con V. como debo.” Hubo un momento de silencio, y el padre inclinó la cabeza. Cuando la levantó, sus ojos estaban arrazados de lágrimas, y abrazando tiernamente á su hija, no menos conmovida que él, exclamó con la voz entrecortada por los sollozos: “¡Hija de mi alma, cuán dichoso soy en tener una hija como tú!”

A partir de este dia, ha habido una trasformacion completa en las ideas y en toda la manera de ser de dicho comerciante, y por mas que desgraciadamente falte todavia algo para su completa conversion, todo indica que está á

punto de efectuarse. ¡Cuántas familias se convertirían a Dios si tuviesen por dicha en su seno una alma tan enérgica y fiel en la práctica del amor de Jesucristo y tan constante en recibir con frecuencia la sagrada Comunión!

XI.

Conozco muchas personas piadosas que comulgan
muy rara vez.

En cambio conozco yo muy pocas; pudiendo además afirmar que muy pocas son las personas que comulgando á menudo no sean verdaderamente piadosas en toda la acepción de la palabra.

Por lo visto estás en un grande error, teniendo por personas piadosas las que solo son religiosas. Ante todo es necesario que no confundas la religiosidad con la piedad. Basta observar al pié de la letra los mandamientos de Dios y de la Iglesia, oír misa todos los domingos y demás fiestas de guardar, comulgar en las más señaladas, guardar el debido respeto á la Religión y vivir honradamente, para ser una perso-

na religiosa: pero de ésto, á ser verdaderamente piadoso, va una diferencia inmensa; pues para que se pueda decir de una persona que es piadosa, es necesario que vaya mas allá, que viva mas identificada con el amor de Jesucristo.

El cristiano que una vez ha entrado en las prácticas de la verdadera piedad, no se ciñe exclusivamente al cumplimiento de los preceptos; sino que emplea todas sus fuerzas para poner en práctica todos y cada uno de los consejos que nos da el Evangelio, tales como el desprendimiento de sí mismo, el recogimiento interior, el celo por la salvacion de las almas, en una palabra, todo aquel hermoso conjunto de virtudes que constituyen ó forman la santidad cristiana; obrando mas bien por amor que por deber, y tomando la preciosa costumbre de considerar el servicio de Dios, no como un yugo pesado, sino como un deber tierno y filial.

Dime tú ahora; ¿conoces por ventura á muchas personas que; estando animadas de esta verdadera piedad, se acercan pocas veces á recibir la sagrada Comunión? Esta seria la primera vez que habria efectos sin causa, puesto que la Iglesia católica nos enseña que el acto esencial de la piedad es la sagrada Comunión.

La experiencia nos demuestra que tan imposible es el que una persona sea piadosa no comulgando muy á menudo, como el que tenga una salud robusta faltándole un buen sistema de alimentacion.

XII

Mis deseos serian comulgar á menudo; pero mi confesor no me lo permite.

¿Qué motivos tendrá tu confesor para no permitirte que comulgues á menudo? De seguro que si conociese que tienes las debidas disposiciones para reportar las inmensas ventajas que produce la Camunion frecuente, no solo te lo permitiria, sino que te incitaria á ello. Y yo pregunto: ¿le has suplicado tú alguna vez sériamente que te otorgue este precioso favor? Casi puedo afirmar desde ahora que no. Dice el evangelio: "Llama, y se os abrirá: pedid, y recibireis." Así, pues, créeme: manifiesta tu buen deseo al director espiritual, removiendo para eso los obstáculos, modificando las costumbres, y esmerán-

dote mas y mas en el cumplimiento de las prácticas piadosas, sin lo cual no obtendrias quizás una respuesta favorable; y te convencerás fácilmente de que si no comulgabas mas á menudo no tenia la culpa el confesor, sino que la tenias tú solo. Ahora me dirás: “Pero si yo hago todo lo que buenamente puedo, vivo del mejor modo que sé, y todavía se me niega.” Si es realmente así, y dado caso de que no te engañes á tí mismo, haciéndote la ilusion de que eres bueno entonces sí que compadezco al confesor, no solo porque falta á sus deberes, sino tambien por la inmensa responsabilidad que pesa sobre él á los ojos de Dios, siendo la causa de tu desaliento para continuar por la verdadera senda de la piedad.

Todos los santos sacerdotes que están animados del verdadero espíritu de la Iglesia son partidarios de que se comulgue con frecuencia; siendo por esta misma razon fieles servidores del evangelio, puesto que, con un celo infatigable, conducen las pobres almas á Jesus, inspirándoles una completa confianza, é incitándolas á que se acerquen, cuanto antes les sea posible, al banquete Eucarístico, cumpliendo así el mandato del divino Maestro: *Compelle intrare, ut impleatur domus mea.* “Compéleles á entrar para

qué así se llene mi casa.” Y siguiendo esta máxima, no hacen mas que aplicar ó poner en práctica una regla general, formalmente ordenada por la misma Iglesia.

Efectivamente, no tenemos nosotros libertad sobre este principio de la Comunión frecuente, antes bien tenemos reglas precisas que todos debemos seguir cuando se trata de la direccion de las almas, reglas que no podemos infringir sin faltar gravemente á nuestros deberes. La Iglesia las ha resumido en el célebre catecismo que, con el título *Catechismus Romanus ad Parochos* se publicó por disposicion del sagrado concilio Tridentino y por los especiales cui la los del papa San P.º V, siendo su objeto el trazar á los sacerdotes el camino que deben seguir en la enseñanza de los fieles. Ahora bien; el Catecismo del sagrado concilio de Trento declara, que *los curas párrocos están obligados en conciencia á exhortar á sus feligreses á que se acerquen á comulgar con frecuencia, y hasta diariamente, puesto que el alma, lo mismo que el cuerpo, tiene necesidad de alimentarse diariamente* (1); y añade que esta es la doctrina de los santos Padres y la de los Concilios.

(1 Cat. Rom. ad Par., II p.º, c. II.

San Carlos Borromeo, el grande é incomparable arzobispo de Milan, al publicar este *Catecismo* en los diez y ocho obispados sometidos á su jurisdiccion, sabiendo que habria sacerdotes que se opondrian á esta santa práctica, amonestó seriamente á los obispos á que castigasen con rigor, *severe puniendos*, á los párrocos que se atreviesen á enseñar otra cosa.

Ya antes de san Carlos, el papa san Leon IX resvetido de la auridad del supremo pontificado habia expedido una bula *ad hoc* prescribiendo no menos formalmente á los sacerdotes "que no negasen fácilmente á ningun cristiano la sagrada Comunión; y que esta negativa, añadia, no la diese nunca el sacerdote llevado de un movimiento de impaciencia, por capricho: *Nuli christianorum Communio facile denegetur, neque indignanter hoc flut arbitrio sacerdotis.*

Tambien el papa Inocencio XI, de feliz recordacion, insiste igualmente sobre el deber de los obispos y de los sacerdotes que hace referencia, á comulgar frecuentemente. Habiendo venido en su conocimiento que en varias diócesis en que habia la costumbre de recibir diariamente la sagrada Comunión se habian introducido diferentes abusos con motivo de esta excelente y santa práctica, al mismo tiempo que señalaba y

condenaba el abuso, trabajó con ahinco para que se mantubiese incólume tan santa y laudable práctica, recordando á los Pastores de las almas que *debían* dar infinitas gracias á Dios por haber concedido á sus diócesis tan saludable devocion, y que además tenían la mas estricta obligacion de conservarla, valiéndose al efecto de todos los medios que les dictase una verdadera prudencia (1). “El celo de los Pastores, añade el soberano Pontífice, vigilará muy particularmente para que no se disuada á nadie de acercarse con frecuencia ó diariamente á recibir la sagrada Comunión, no obstante, sin embargo, esto á tomar las medidas que juzguen mas oportunas y convenientes para qué cada fiel comulgue con mas ó ménos frecuencia, segun sea su grado de preparacion para hacerlo diariamente (2).”

[1] Episcopi autem, in quorum diocesibus viget hujusmodi [quotidianae Communionis] devotio largi sanctissimum Sacramentum; pro illa gratias Deo agant, eamque ipsi adhibito prudentiae et iudicii temperamento alere debebunt. (*Decretum 12 februar: 1679.*)

(2) In hoc igitur Pastorum diligentia potissimum invigilavit, illudque omnino provideat, ut nemo a Sac. Convivio, seu frequenter, seu cuotidie accedat, repellatur; et nihil minus det operam, ut unusquisque dignus pro devotionis et preparationis modo rarius aut crebrius Dominice corporis suavitatem degustet. (*Decretum 12 februar 1679.*)

Y finalmente, el papa Benedicto XIV, en un Breve especial que dirigió á los obispos de Italia, declara muy terminantemente que, tanto los obispos como los curas párrocos y confesores en nada pueden emplar mejor su celo y sus afanes que en inculcar á los fieles aquel santo fervor de los primeros siglos del Cristianismo por frecuentar la sagrada Comunión, Los mismos obispos están obligados á observar estas reglas de la Iglesia y de la Santa Sede; por lo cual habiendo establecido un concilio provicional, reunido en Ruan, que para guardar el respeto debido á los santos misterio *ob irreverentiam quam potest quotidiana hujus sacramenti sumptio parere*, no se daría la sagrada Comunión mas que dos veces á la semana. sin contar los domingos; Roma anuló este decreto con la cláusula significativa de: *Obstare Concilium Tridentinum*: "Opónese á ello el sagrado concilio de Trento"

Vuelvo á repetir, pues, que no somos libres en esta materia, consistiendo únicamente nuestro deber sacerdotal en saber aplicar á cada alma en particular, con el debido discernimiento, el principio general de la Comunión frecuente.

No se me oculta tampoco que hay algunos sacerdotes, por otra parte muy respetables, que parecen temer para las almas la Comunión muy frecuente; pero no dejan de estar en un error, toda vez que la Iglesia nuestra Madre nos enseña todo lo contrario. A fuer de imparciales, también hemos de decir que no es suya toda la culpa: debiéndose en parte á una educación impregnada todavía de ciertas reminiscencias jansenistas, de las que no han sabido desprenderse completamente los mayores talentos. No por esto condeno yo aquí á nadie: solo indico los principios, absolutamente verdaderos, ya que son los dictados por la Iglesia y por la Santa Sede. El ser verdaderamente católico es la primera sabiduría de que debe estar adornado todo director espiritual. Esto sentado, desconfía siempre de las decisiones procedentes de jansenistas y galicanos que en todas ocasiones reprueban, si no en principio, á lo menos en la práctica, cuanto nos ordena ó nos aconseja la Iglesia romana. No confíes jamás la dirección espiritual de tu alma al sacerdote que conocieres seducido por estos principios, porque sin escrupulo ninguno te imbuiría sus ideas particulares y falsas, despreciando las infalibles enseñanzas de la Iglesia católica, madre de las al-

mas y maestra de la verdadera piedad. Sufren mucho las almas con esta clase de direccion; no ya solamente porque es falsa, sino porque regularmente es muy árida y sumamente despótica.

Refiere el venerable Luis de Blois, que un dia Nuestro Señor Jesucristo se quejaba muy amargamente de aquellos que procuran retraer á los demas, con sus perversos consejos, de recibir frecuentemente la sagrada Comunión en estos términos: "Mis delicias son morar entre los hijos de los hombres; para ellos instituí el santo Sacramento del altar; por consiguiente aquel que impide que se acerquen á mí las almas, disminuye mi gozo."

Y el venerable Pedro de Avila, tan sumamente querido de san Francisco de Sales y de santa Teresa de Jesus, acostumbraba decir "que aquellos que vituperan ó reprueban en algun modo el frecuentar la sagrada Comunión, hacen las funciones del maligno espíritu; que profesa un ódio implacable á este divino Sacramento."

Afortunadamente de dia en dia, van desapareciendo del seno de nuestra Iglesia los vestigios del jansenismo, que tan profundamente la agitaron en otro tiempo; y hoy, mas que nunca, están plenamente convencidos los directores de almas de que al confesarse en un todo con las

sagradas reglas prescritas por la Iglesia nuestra Madre sobre la frecuente Comunión, no solo trabajan y aseguran su eterna felicidad, si no que tambien la de los fieles que les están encomendados. Santa Margarita de Cortona tenia un director que incesantemente la habia exhortado á que comulgase con la mayor frecuencia posible. Cuando este buen sacerdote murió, Dios Nuestro Señor le reveló que le habia recompensado debidamente en el cielo por aquella caridad con que habia procurado siempre acercarse á la sagrada Eucaristía. Léese igualmente en la vida de un santo religioso de la Compañía de Jesus llamado Antonio Torres, que inmediatamente despues de su muerte se apareció á una alma justa, manifestándole que Dios habia aumentado mucho su gloria en los cielos por haber aconsejado á todos sus penitentes que frecuentasen la sagrada Comunión.

Dichoso una y mil veces aquel sacerdote que fija constantemente toda su atencion en observar en el ejercicio de su sagrado ministerio las prescripciones de la Iglesia; y dichas tambien aquellas almas á quienes la bondad de Dios ha concedido el inapreciable favor de encontrar en el penoso camino de esta vida un guía semejante.

XIII.

No esta en uso en nuestro pais comulgar á menudo.

Dí mas bien abuso que uso. Cubiertos con el nombre de usos y costumbres, hanse manifestado entre nosotros una infinidad de preocupaciones tales, que poco á poco han ahogado, especialmente en la hermosa y cristiana Francia, todos los principios de la vida religiosa; este trabajo de destruccion ha durado mas de un siglo, y ha logrado hacer casi imposible, bajo las hipócritas apariencias del respeto, toda práctica de piedad, dejar vacías nuestras iglesias y secar nuestros corazones. A remediar estos males, á sacudir este polvo, á desterrar estos usos desastrosos se encaminan desde hace veinte años, todos nuestros trabajos y sacrificios.

Han tocado ya los excelentes efectos producidos por la práctica de la frecuente Comunion un gran número de parroquias, que han entrado otra vez en el verdadero camino de la piedad por medio de las santas doctrinas católicas,

y por el ilustrado celo de buenos y animosos sacerdotes. Conozco algunas comarcas que en pocos años han sufrido una trasformacion completa; viniendo á deducir de todo esto, que tanto para una parroquia como para una comarca, lo mismo que para una alma, la sagrada Comunión es, sin duda alguna, el principio y el foco de la vida.

Así, pues, dejando á un lado todos los respetos humanos, sin pusilanimidad ni cobardía, emprendamos todos por el amor de Dios la obra de nuestra regeneracion, y sacudamos el yugo de la mentira; que rompiendo la capa de hielo que impide penetren los rayos del sol hasta el agua viva, salvaremos á estos pobres pececillos, harto tiempo aletargados, y volveremos á dar la vida y la alegria á una multitud de almas que languidecen, porque se les niega á Jesucristo.

Cuanto mas respetables son los buenos usos, tanto mas peligrosos son los abusos; pero este es el peor entre todos, y al mismo tiempo uno de los obstáculos mas fuertes para la regeneracion cristiana de nuestra patria.

XIV.

Ya hay bastante con comulgar en las grandes fiestas,
ó todo lo más una vez al mes.

Todavía es demasiado, cuando se hace sin amor, y se considera como un penoso deber. Muy bueno sin duda es comulgar todos los meses; pero mucho se engañaría quien creyera satisfacer con esto los deseos de la Iglesia nuestra Madre, y portarse como verdaderamente piadoso. No es de este sentir el gran San Francisco de Sales: muy al contrario, dice terminantemente que todo buen cristiano, por poco que sea el cuidado que tenga de su alma, no puede dejar pasar mas de un mes entre Comunión y Comunión. El catecismo romano arriba mencionado, parece señalar idéntica regla, pues al aconsejar la Comunión de cada día ó de cada semana ó de todos los meses, es de suponer que nó se puede tardar mas tiempo.

Esta *Comunion mensual*, instituida en muchas cofradías, catecismos, casas piadosas, lo mismo que la semanal ordenada en los seminarios y

comunidades, representa el *mínimum* nunca el *máximum*: es necesario seguir aquellas reglas conforme al espíritu que las dictó, espíritu de piedad católica, que, deseando vivamente en union con la santa Iglesia que se acercasen los fieles á recibir lo mas frecuentemente posible la Comunion, ha procurado fijar un *límite extremo* para las almas menos fervorosas.

Debe interpretarse tambien el sentido de esos laudables reglamentos y usos por la gran regla que domina á todas las otras, quiero decir, la enseñanza tradicional de la Iglesia y de la Sede apostólica. Hemos dado á conocer ademas aquella sagrada máxima que el Papa Benedicto XIV resumia en estas palabras: "No hay nadie á quien no puede aconsejársele que comulgue todos los meses, *y muy pocas son las almas á quienes deba negarse el que lo hagan cada semana.*" y S. Antonino, arzobispo de Florencia, habia manifestado muy particularmente la misma opinion al escribir lo siguiente: "Exhorto á todos los fieles; cuya conciencia no esté manchada con el pecado mortal, á que comulguen todos los domingos (1)."

Parece mucho menos explícito san Francisco de Sales en su *Introduccion*, al recomendar á to-

(1) *Par.*, III, tract. 14, esp. XII.

dos los cristianos la Comunión de ocho en ocho dias, que la mayor parte de los otros santos con relacion á la Comunión diaria; pero tambien se ha exagerado mucho la extension de sus palabras. Limitase, y con sobrada razón, á manifestar que no puede aconsejarse indistintamente á todos los fieles que comulguen diariamente, por la sencilla razon de que, debiendo ser sumamente excelente la disposicion que se requiere para tan frecuente Comunión, no es prudente ni bueno el aconsejarla generalmente. Y como por otra parte esta disposicion, aunque muy excelente, puede encontrarse en muchas buenas almas, tampoco es prudente distraerlas ó disuadir las generalmente; de esto resulta que se debe tratar á cada uno en particular conforme lo pida su estado interior. Seria, pues, una gran imprudencia el aconsejar indistintamente á todos este uso tan frecuente; pero lo seria mucho mayor el vituperar á alguno por ella, especialmente cuando se ajustase á las prescripciones de algun digno director (1).

Como regla práctica, nada hay mas luminoso, ni tan sencillo á la vez como lo que sobre la sagrada Comunión dice santo Tomás. Despues

(1) Lib. II., cap. XX,

de haber expuesto la doctrina católica sobre la Comunión diaria, apoyándose en la autoridad de los santos Padres, y muy particularmente en aquella célebre máxima de san Agustín que dice: “Este es el pan de cada día: recibidlo, pues, cada día, para que cada día os haga el provecho apetecido; pero es de todo punto indispensable que vuestra vida esté de tal modo arreglada que lo podáis recibir dignamente todos los días;” sienta el angélico Doctor aquel sabio principio de que: *Cuando una persona sabe por su propia experiencia que aumenta en su corazón el amor á Dios por medio de la Comunión diaria; y que no se resiente en lo más mínimo su respeto hacia tan divino Sacramento, debe comulgar todos los días* (1).

Así, pues, si te encuentras en esta disposición, comulga todos los días; pero te dejo en completa libertad por si lo quieres hacer solo de ocho en ocho días, porque esta es la Comunión ordinaria de los buenos cristianos, advirtiéndote de paso que esta no es la frecuente Comunión, tal como la enseña formalmente san Alfonso María de Liguori, pues solo entiende por frecuente Comunión la que se recibe varias veces á la semana. “¿Puede decirse (pregunta el santo Obis-

(1) S. Thom. in libro IV Sententiarum,

po, cuyas prácticas de moral han sido jurídica-
mente examinadas y sancionadas por la Santa
Sede) que asiste á menudo á oír misa aquel que
se limita á oírla solamente los domingos y fies-
tas¿de guardar? Evidentemente que no. Pues es-
tomismo puede decirse con relacion al que co-
mulga de ocho en ocho dias.”

En último caso, pues, no te acostumbres, co-
mo dice san Juan Crisóstomo, “á medir la Co-
munion por la ley del tiempo; la pureza de tu
conciencia te marcará cuando debes acercarte á
ella.” Y añade san Ambrosio: “Aquel que no se
encuentra en disposicion de comulgar todos los
dias, ménos encontrará para hacerlo una vez al
año.”

XV.

En resúmen todo está llevado hasta la exageracion, y ade-
más es casi imposible ponerle en práctica.

Estás completamente en un error al creer co-
sa semejante, porque no solamente es posible,
sino es muy fácil de ponerlo en práctica, como
te lo están probando iafinidad de piadosos fieles:

la exageracion está toda de parte de los jansenistas ó de los semi-jansenistas que piden, para acercarse á recibir la sagrada Comunión, disposiciones casi imposibles de alcanzar. ¿Qué haríamos, pues, nosotros los pobres sacerdotes que tenemos la santa costumbre de celebrar todos los dias la misa? ¿No estamos por ventura sujetos, como los demas fieles, á miserias, imperfecciones y debilidades diarias? Ningun sacerdote, notadlo bien, esta obligado á celebrar diariamente el santo sacrificio de la misa, ni aun los mismos parrocos están obligados á ello mas que los domingos y fiestas de guardar. ¿Será pues, un abuso nuestra comunión diaria? ¿Quién se atreverá á afirmarlo? No es evidente que á pesar de la imperfeccion, por desgracia muy frecuente en nuestras disposiciones, la celebracion del santo sacaificio de la misa y la Comunión diaria son nuestra principal salvaguardia, nuestra salud, el principio de todas nuestras fuerzas, el secreto de nuestra castidad, la fuente de nuestro celo, y nuestro sosten en los peligros y tentaciones diarias? ¿Quisiéramos acaso tener dos pesos y dos medidas, una para nosotros, otra para nuestros hermanos? ¿Hay alguno de entre nosotros que, imitando á los fariseos del Evangelio, quiera imponer á sus hermanos cargas ú obliga-

ciones, no sintiéndose él con fuerzas suficientes para llevarlas?

Todo cuanto nos enseña y aconseja la Iglesia católica es muy fácil de ponerlo en práctica y nada tiene de exagerado; porque ella nos enseña la verdad en lo que respecta á la piedad, y el escucharla es escuchar al mismo Dios Nuestro Señor; menospreciar sus consejos, es despreciar la luz de Dios.

Muy extraño se hace observar como algunos católicos, á veces hasta sacerdotes, hacen tan poco caso de una autoridad divina. Sé lógico en tus creencias, y por consiguiente tambien en todas sus consecuencias prácticas. Así crees tú, sabes muy bien que Jesucristo te habla por medio de la Iglesia, así, pues, no te contentes con escucharle y darle tu asentimiento; no te detengas en mitad del camino, llega á la práctica.

Deja que murmuren aquellos que no quieren conocer la verdad. Déjales tambien que hagan ostentacion de lo que ellos creen ser respeto hácia el santo Sacramento, y que en el fondo no es otra cosa que un temor servil que denota muy claramente poco ó ningun conocimiento de los misterios de Jesucristo, á la par que mucho apego á sus ideas personales. En cuanto á tí, ver-

dadero hijo de la Iglesia, sigue en paz el camino que te han trazado los Santos: y despues de los Apóstoles, de los Mártires. y de todos, no temas ni la exageracion ni el error: todos los primitivos fieles despues de S. Ambrosio, S. Juan Crisóstomo, san Jerónimo, san Agustin; despues de san Francisco de Asis, santo Tomás de Aquino y san Buenaventura; despues de san Felipe Neri, san Carlos Borromeo, san Ignacio, san Cayetano, san Francisco de Sales y san Alfonso Maria de Ligorio; despues de Belarmino, Fenelon, Bourdaloue y otros que han éxaltado á porfía la frecuente Comunión, la Comunión diaria, la verdadera Comunión católica; ¡no temas ni la exageracion ni el error (1)!

“¡Alegraos en el Señor: sí, otra vez os digo, alegraros en Él [2]” Y queriendo vivir por y para Jesucristo, aliméntate í frecuentemente de Él.

(1) Consultar, con relacion á la frecuente Comunión, el excelente libro mas arriba indicado, por el abate Favre de Seboya, titulado *Le Ciel ouvert*. Es el resumen mas completo y mas católico sobre esta tésis tan importante, sobre la cual ha procurado la ignorancia acumular tantas preocupaciones. El libro del abate Favre, aunque pesado ó poco pulido en su forma, es en el fondo un verdadero tesoro por la doctrina que encierra.

(2) Philipp, vi, 4,

LA FRECUENTE COMUNION PARA LOS NIÑOS.

Casi se vería uno obligado á caer, atendida la ligereza de los niños, que no es posible para ellos una frecuente Comunión, y que en este caso las reglas de la Iglesia solo hacen referencia á los adultos. Nada de esto; y hé aquí todavía una de aquellas preocupaciones desastrosas, causa de las ruinas de tantas almas jóvenes, puesto que las entrega indefensas á los terribles ataques de las pasiones.

Los niños; lo mismo que los mayores, pueden y deben comulgar á menudo; porque Nuestro Señor Jesucristo, que conoce mucho mejor que nosotros esa ligereza que nos espanta, no les pide mas que aquello que son capaces de darle y ademas, como el maligno espíritu tiende todas sus asechanzas á arrebatarnos desde muy temprano el mas inestimable de todos los tesoros, que es la inocencia; de aquí que el único medio para defenderse de sus emboscadas y ardidés en la sagrada Comunión.

Ya hemos dicho mas arriba que nunca se comulga dignamente; bastando para ello recibir al Señor con sincera y buena voluntad. Esto es una verdad tanto para los niños como para los hombres. Cuidándose, pues, la experiencia de enseñarnos que nada hay tan sincero como la buena voluntad del niño que acaba de hacer la primera Comunión, ¿por que no se le ha de administrar este santo Sacramento, cuando él ama á Jesucristo, y desea fervorosamente recibirlo?

Las mas de las veces, mucho mas dignos son ellos de acercarse á recibir el divino Sacramento que nosotros que menospreciamos su piedad; y esto mismo parece indicarnos el divino Maestro cuando dice: "Permitid que se acerquen á mi los niños, el reino de los cielos es para aquellos que se les parecen," El reino de los cielos sobre la tierra es la sagrada Eucaristía.

Tú me ¡recordarás aqui la ligereza de la infancia. Nada hay mas cierto, es verdad: pero por esto mismo es necesario hacerles comulgar á menudo, cuando aman y quieren amar al buen Jesús. La ligereza no es ningun obstáculo cuando no es voluntaria. Para un niño una semana es un mes; á esta edad sucédense rápidamente las impresiones; hácese por lo tanto indispensable repetir con frecuencia estas impresiones cris-

tianas, si queremos preparar para el porvenir hombres fuertes en la fé,

¿Me vuelves á decir que la infancia es ligera?

Si: soy de tu mismo parecer; pero en cambio es buena y afectuosa; y como es necesario dar el verdadero pábulo á su incesante necesidad de amar, resulta de aquí que se hace indispensable procurar se ponga en relacion íntima con Jesucristo para alcanzar el fin apetecido, que es su amor. Aunque sean una realidad todas sus faltas y todos sus defectos, tienen, sin embargo, poca consistencia; y por medio de la piedad se impedirá que aquellos afectos y falsas pasen á ser vicios.

Todo niño cristiano, á partir de la primera Comunión, debería tener por regla recibir la sagrada Eucaristía todos los domingos y demas fiestas de guardar, si á ello no se opusiesen su director espiritual, ó sus padres ó sus maestros, por haber observado que le faltaba *evidentemente* la buena voluntad indispensable para recibirla dignamente: y así todo debería, con mucha circunspeccion, ordenársele el retraimiento porque el peligro de tomar malas costumbres, peligro que hiela el corazon maternal, y que solamente es combatido con eficacia por la sagrada Eucaristía, se presentaría de frente, produ-

ciendo males incalculables. ¿Quiéres conservar la inocencia: quieres conservar la pureza de tu hijo? Anímale, pues, á comulgar muy á menudo, y no se lo impidas, mayormente cuando á ello fuere incitado por su director espiritual. ¡Cuántos padres y cuantas madres; obrando inconscientemente y por un celo mal entendido, son la causa principal de que sus hijos se pierdan miserablemente! ¡A cuántos y cuántos he conocido, que han sido la causa directa y final de aquella misma corrupcion que tanto temian! No temas, pues, mientras tu hijo asista con frecuencia á la sagrada Comunión: pero si desgraciadamente observares en él negligencia y poco amor á tan divino Sacramento, ¡desdichado de tñ! porque todo se puede temer del niño que se aleja de Dios.

Me dirás tú que témes el porvenir, y que mas vale ir despacio al principio, porque siempre es sumamente enojoso tener que retroceder. ¿Y por que tendrias que retroceder? ¿Acaso dejarían de amar á Dios estos buenos y piadosos niños? ¿No es, por ventura, la mejor garantía para un porvenir verdaderamente cristiano una juventud fervorosa? Si quieres, pues, que tu hijo se halle mas tarde con fuerzas suficientes para hacer frente y contrarrestar al mal, dejálo

que, de buen principio, las tome con abundancia en el manantial de toda fuerza, y permítele que se una muy íntimamente con el principio de toda fidelidad; y de este modo será su piedad presente la prenda y salvaguardia de la del porvenir, igualmente que la inocencia conservada será, tanto para tí como para él, la aurora de una pura adolescencia.

Si, pues, á pesar de la sagrada Comunión acontece las mas de las veces que no pueden los niños evitar el caer en nuevas faltas, ¿qué sucedería si estuviesen privados de alimentarse del "Pan sagrado que engendra vírgenes!" Pocos niños hay á quienes baste comulgar una vez al mes; atrévome á afirmar que no hay casi uno que no pueda sacar gran fruto de la Comunión semanal, y la considero *necesaria* para aquellos que se hallan inclinados á las pasiones sensuales. Confieso y creo, sin embargo, que muy pocos son los que, hasta la edad de catorce ó quince años, vienen bastante piadosamente para comulgar mas de una vez por semana; pero eso tampoco obsta para que aquellos que aman de corazón á Jesucristo, ejercen sobre sí mismos una esquisita vigilancia y no cometen *deliberadamente* ningún pecado, puedan hacerlo con gran provecho dos ó tres veces por semana.

En los primeros siglos del cristianismo admitiase indistintamente á la Comunión diaria á los niños y á los adultos; de ella procedía aquella vigorosa savia de la vida cristiana, aquel espíritu de fé, de oracion y de fervor, que dió á la Iglesia tantos santos y mártires de diez, doce y quince años. ¿Ha disminuido, acaso, el poder de Dios? Luego los mismos medios producirán los mis efectos, en nuestro siglo, y la Iglesia verá brotar nuevos santos de entre los fieles de la angelical infancia, si les damos á gustar el Pan de los Angeles.

“Tememos, dicen finalmente algunos padres, que nuestro hijo llegue á ser demasiado piadoso ó devoto y que termine por quererse hacer sacerdote, y consagrarse totalmente á Dios.” ¿De cuándo acá piedad y vocacion son dos palabras sinónimas? El tener miedo á la vocacion es ya de si una gran aberracion por parte de algunos padres cristianos, porque el consagrarse á Dios es sin duda “la mejor parte,” y trae la bendicion á toda una familia; pero el tener miedo á la piedad es demostrar muy á las claras una falta completa de sentido común. La piedad es el mejor de los bienes: es la verdadera felicidad, y, como dice la sagrada Escritura, “es buena para todo, teniendo las promesas de la vida futura y

también las de la vida presente." Nunca seremos demasiado piadosos, porque es imposible que lleguemos á ser demasiado buenos. ¡Pobres niños á quienes se pierde tan lastimosamente con semejantes ilusiones!

Dejemos, pues, que los niños gocen de esta libertad religiosa que por sí sola bastará para abrir sus corazones é iniciarlos en la vida cristiana. Si no tenemos derecho para coartarla, mucho menos nos asiste para violentarla, especialmente en lo que concierne á los santos Sacramentos. Nuestro derecho y nuestro deber es instruirles, dirigirles y procurar salvar su inexperiencia con todo nuestro afán; pero sobre todo que nuestra direccion sea eminentemente católica, y que jamas pueda vislumbrarse en ella el menor asomo de querer poner trabas de conciencia. Por éste abuso de autoridad se falsean las almas, y sin quererlo se contrarian los designios que sobre ellas tiene Dios Nuestro Señor.

Por consiguiente, acérquense también los niños á la sagrada Mesa, y de este modo tendremos generaciones grandes y poderosas, que solo la Eucaristía hace cristianos.

"Pero ¿no es esto pedir un imposible? Recargados los sacerdotes con un trabajo impropio, casi no pueden, á pesar de su esquisito celo, for-

marles para la piedad, y ponerles en estado de comulgar á menudo." Yo soy el primero en reconocerlo con sumo dolor. Creo, sin embargo, que si se llegase á apreciar en su justo é incomparable valor esta parte del sagrado ministerio tan á menudo descuidada, se podrian fácilmente tocar preciosos resultados; y si no se pudiese iniciar á todos los niños en los verdaderos principios de piedad, á lo ménos habria siempre el tiempo suficiente para preparar á una frecuente Comunión á aquellos que tanto por su clara y despejada inteligencia, como por su buen corazón y felices disposiciones, diesen mejores esperanzas. Séame permitido llamar sobre este punto muy seriamente la atención, tanto de los sacerdotes como de los padres.

LA FRECUENTE COMUNION PARA LOS JOVENES.

Cuanto acabo de decir con respecto á los niños, tiene todavía mucha mayor aplicacion para los jóvenes de diez y seis á veinte años, edad temible en la que la lucha incesante de las pasiones se complica con los ejemplos corruptores

que ofrece el mundo y con otras mil dificultades procedentes del exterior. San Felipe Neri que consagraba toda su vida á la santificación de la juventud romana, y cuya autoridad tiene doble peso tanto por su angelical santidad como por su especial experiencia, declaraba muy terminantemente que la frecuencia de la sagrada Comunión, juntamente con una nueva devoción á la Santísima Virgen, no solo era el medio mas á propósito, sino que, en su sentir, era el *único*, para conservar á la juventud en las buenas costumbres y en la vida de la fe, levantarla en sus caídas y reparar todas sus debilidades.

Pasó cierto dia un estudiante á encontrar al Santo, suplicándole muy encarecidamente se dignase ayudarle á despojarse de los malos hábitos que tiempo hacia le tenian esclavizado. Despues de haber oido San Felipe la humilde confesion de todas sus debilidades y faltas, le consoló y le animó, y le dió sabios y prudentes consejos; y por último le despidió habiéndole absuelto y hecho dichoso, ordenándole que pasase al dia siguiente á recibir la sagrada Comunión, y añadiendo al mismo tiempo que, “si por desgracia le acontecia volver á caer en aquellas faltas, pasase inmediatamente á verle, y tuviese toda su confianza puesta en la bondad de Dios,

Vió al dia siguiente acercarse á su confesonario al pobre jóven á acusarse de una recaída. Como la primera vez, le levantó el Santo en su segunda caída, animándole á luchar con valor; y al concederle de nuevo la absolucion de todas sus culpas, le ordenó, como en la víspera, que se acercase á recibir la Sagrada Eucaristía. El estudiante de una parte violentamente combatido por la costumbre, y de la otra por su vivo deseo de convertirse á Dios, alcanzó por medio de aquella misericordiosa direccion, al mismo tiempo por la frecuencia en acercarse á recibir el Pan de los Angeles, tal fuerza y energía, que pasó trece dias consecutivos á reconciliarse con el Santo; y si el uno era incansable en su caridad; no lo era ménos el otro en su penitencia. Venció por fin el amor, y Jesucristo pudo contar en el número de sus fieles á un nuevo siervo, quien, en muy poco tiempo, hizo en el camino de la santidad tan rápidos progresos, que san Felipe no titubeó un momento en juzgarle digno del sacerdocio. Admitido posteriormente en la Congregacion del Oratorio, edificó á Roma con su celo y sus virtudes, y jóven todavía, tuvo la muerte de los santos. Su mayor gusto era contar la historia de su conversion para así animar á los pobres pecadores, y al mismo

tiempo hacer entender á los jóvenes que su sola áncora de salvacion es la frecuencia de los Sacramentos.

¡Qué no daría yo para hacérselo comprender así á todos y verles acudir con afán á la Sagrada Mesa! Hállase el joven colocado, á efecto de la misma fogosidad de sus años, entre dos extremos: el amor fatal de su carne rebelada que le deshonra y le pierde; el amor á la Sagrada Eucaristía que le santifica, que es su salvaguardia y que le dá fuerzas para resistir el empuje de las pasiones. En este estado, pues, es indispensable que escoja, teniendo presente que si no quiere el amor del segundo extremo, caerá necesariamente en el primero, y entonces, ¡ay de él! A los diez y ocho ó veinte años sin el alimento de la Sagrada Eucaristía, no es posible la continencia; siendo por consiguiente todavía ménos posible aquella constancia en el bien, aquel candor vigoroso y aquellas nacientes virtudes que hacen de un joven cristiano lo mas bello y lo mas respetable que hay sobre la tierra.

¡Qué hermoso cambio no se operaría en todos nuestros colegios y en todas nuestras escuelas públicas, si recobrase de nuevo su imperio la práctica de la frecuente Comunión! En vez de esa inmoralidad que indigna á todo corazón no-

ble; en vez de esa indiferencia cien mil veces mas corruptora que las mismas malas costumbres, veríamos despertarse del marasmo intelectual en que vegeta hace mas de siglo y medio nuestra juventud, por naturaleza tan viva, tan amable, tan despejada de entendimiento y de noble corazon, para dar á la Iglesia y á la patria hombres tan grandes como en tiempos mas afortunados. ¡Cuán cierto es que lejos de Jesucristo todo se extingue y eclipsa, y que nada vuelve á florecer si no es con su divino contacto!

La experiencia se encarga de manifestarnos la trascendental influencia que ejerce la Sagrada Comunión sobre la vida de la juventud, demostrando claramente que no hay vicios que no extirpe, ni resurrección que no realice.

Así, pues, jóvenes, ya seais puros, ó ya por desgracia hayais caído en pecado, acercaos á la Comunión, que es la única que os mantendrá en el orden, ó bien os restablecerá en él. Creedme, nada hay mas fácil que conservarse puro y casto comulgando con frecuencia. Lo que no podeis sin Jesus, lo lograteis fácilmente con El. Pensad en el porvenir: para llegar á ser un dia hombres honrados, es necesario que hayais vivido digna y santamente los años de vuestra

adolescencia; y además, repito que, para que vuestra honra esté libre de toda mancha, y á salvo de todo peligro, no hay otro medio que acudir frecuentemente á la Sagrada Comunión.

LA FRECUENCIA DE LA COMUNION

EN LOS SEMINARIOS

Si hay en el mundo algun lugar en el que deba comulgarse muy á menudo, este es sin duda alguna en los seminarios, en donde vienen a cobijarse bajo la sombra de los altares aquellos jóvenes elegidos que el Salvador en su infinito amor, en su inmensa bondad y en su ternura,

tiene predestinados á participar de su divino Sacerdocio.

Permítese en muchos seminarios á los jóvenes clérigos que sigan libremente sus santas inclinaciones y como el instinto de gracia que les lleva á comulgar á menudo. Y por cierto que no puede ser otra cosa, porque la vocacion al amor de Jesucristo llama necesariamente á la Comunión, que es el sacramento de su amor. La primera y principal regla de todo seminario es y debe ser la Comunión frecuente y normalizada, porque sin ella no pueden fortalecerse ni mucho ménos desarrollarse las vocaciones.

La vocacion eclesiástica es el conjunto de aquellas cualidades, inclinaciones y gustos que hacen que un joven se halle dispuesto á ser un día un buen sacerdote; todas estas cualidades y aptitudes emanan de Dios, y hé aquí por qué en este sentido es una eleccion divina la vocacion al sacerdocio. Con las vocaciones pasa lo mismo que con las plantas: así como para que la semilla de una planta cualquiera, la del lirio, por ejemplo, pueda crecer, desarrollarse, extender sus hojas y mostrar ufana sus bellas flores, son necesarias ciertas condiciones, sin las cuales nada se alcanzaria; como son: tierra á propósito

to, cierta medida ó cantidad de sal, de calor y de riego, lo mismo que otra infinidad de asuntos desvelos para preservarle de cualquier accidente que pudiese romper su tallo; así tambien en la vocacion al sacerdocio son necesarias é indispensables, para que se desarrolle y produzca los frutos apetecidos, una porcion de atenciones y de constantes cuidados, una sábia direccion y una atmósfera de santidad, sin cuyos requisitos no pueden ménos de perderse.

El seminario es la tierra escogida donde la Iglesia trasplanta á aquellos de sus hijos que quieren un dia llegar á ser sus ministros; la Sagrada Comunión, acompañada de la oración, es al propio tiempo el calor que vivifica y el rocío celestial que alimenta estas queridas plantas de Jesucristo.

No concibo un Seminario sin la frecuencia de a Comunión; y lo mismo digo respecto de un noviciado ó de cualquiera otra comunidad religiosa. Dificilmente será un buen sacerdote aquel jóven clérigo que no tuviere inclinacion alguna hácia la Sagrada Eucaristía, acreditándose de ser un jardinero muy poco hábil y entendido aquel director que no comprendiese la gran importancia y la indispensable necesidad del di-

vino Sacramento para los discípulos del Santuario.

Siempre se ha distinguido el seminario de S. Sulpicio de entre todos los demás por su especial amor hacia la Sagrada Comunión. Durante los cinco años que afortunadamente he vivido en él en París, no ha trascurrido un día siquiera sin que se hayan acercado á la sagrada Mesa cierto número de jóvenes; y todos los juéves y domingos era casi general la Comunión, siendo además muy grande el número que lo hacían diariamente, ó á lo ménos cada dos días.

Todo cuanto se relaciona con tan divino Sacramento, lo mismo hace referencia á los pequeños seminarios que á los grandes, mayormente pasando en aquellos los primeros años, de los doce á los veinte, en que sobrevienen las primeras crisis de la pubertad, en que se pierde ó se conserva la inocencia, en que se forman ó adquieren las buenas ó malas costumbres, y en que finalmente el niño llega á ser hombre. Por consiguiente, solamente Jesus, por medio de la Sagrada Comunión, debe presidir estos años de transición tan decisivos é importantes, poner á salvo á sus hijos, al propio tiempo que impedir naufrague en la tormenta el buque. Hablo por experiencia. Idéntica es la necesidad en el

ño que en el otro: en el primero, preserva y guarda: en el segundo perfecciona. ¿Cómo, pues, se perfeccionaria un dia, lo que al principio no se ha preservado?

No ignoro los brillantes resultados y ópimos frutos que tan santa máxima está produciendo en uno de los pequeños seminarios de Francia. Pocos son los niños aun deentre los mas jóvenes que no se acerquen á lo ménos una vez por semana á recibir la sagrada Eucaristía, no dejando de haber otros mas piadosos que lo hacen con mayor frecuencia: y no olvidándose tampoco que en las clases superiores está en todo su vigor el acescarse dos, tres y hasta cuatro veces por semana y algunos otros diariamente. Consecuencia natural de esto: ¡qué buena y cordial piedad, qué espíritu católico, qué regularidad y qué pureza de costumbres en aquella casa de bendicion! Al entrar aquellos jóvenes clérigos mas tarde en el gran Seminario, son ya almas místicas admirablemente preparadas para los santos años que les esperan.

¡Ojalá se digne Dios, atendidas las necesidades de la Iglesia, prepararle y concederle de este modo verdaderos sacerdotes, educados y dispuestos conforme á las máximas católicas, llenos de espíritu puro del Evangelio y de la Iglesia, y fortificados con aquel amor tierno, confiado y

práctico hacia Jesucristo, para bñe así puedan llenar debidamente su santa mision aquí en la tierra, y por medio de su buen ejemplo y santos consejos procurar reinen en todas las almas tan sagradas máximas!

LA FRECUENTE COMUNION

PARA LOS AFLIGIDOS Y ENFERMOS.

Siempre y en todas circunstancias tenemos necesidad de acudir á Jesucristo, pero esta sube de punto cuando nos encontramos acosados por las penas y los sufrimientos, ó bien cuando nuestra alma se halla apesadumbrada,

El divino consolador de todos nuestros males, desde el fondo de su tabernáculo, nos llama y dice; “Acudid á mí vosotros todos los que sufris y estais abatidos; que yo os consolaré.” Solo él puede secar nuestras lágrimas, ó á lo ménos debe endulzarlas: Él solo puede devolver á nuestro afligido corazon, hecho pedazos por los sufrimientos y pesares, aquella paz

aquella esperanza, aquella alegría íntima, tan sobrenatural, que solamente es conocida por los cristianos y que tan maravillosamente se hermana con las lágrimas. Puede muy bien un cristiano hallarse rodeado de las mayores angustias, encontrarse postrado por el dolor; pero jamas puede ser desgraciado. "Lloro decia un dia con la mayor tranquilidad una madre que acababa de perder á su hija única; lloro, si, pero á pesar de todo estoy contenta." Aquí se ha de advertir que esta buena muger comulgaba diariamente.

Encontramos en Jesucristo la eternidad, y tambien el cielo: con Él nos juntamos, cuando es para nosotros demasiado largo este destierro, y nos es pesada la vida. Acudamos, pues, á recibir con frecuencia la sagrada Comunión, que nos hace olvidar de la tierra y de sus pruebas, de sus tribulaciones, de sus luchas é injusticias, y Jesucristo se encargará de enseñarnos á sufrir con la mas santa resignacion, y compadeciéndose de nuestras amarguras, se dignará concedernos en cambio su paz y su divina gracia.

Acudamos igualmente á Jesucristo; siempre y cuando nos hallemos enfermos, porque además de ser el mejor médico, es indudable que su vista, al mismo tiempo que dará consuelo y

alivio al cuerpo, llevará la alegría á nuestro corazón. Para cumplir como buen cristiano, debería todo el que estuviese enfermo comulgar á lo ménos una vez por semana, y esto habia de ser desde el principio de la enfermedad; de aquí que antes debería llamarse al médico de la alma que al del cuerpo, porque lo primero y principal es la salvacion del alma, no acordándonos del poco tiempo que nos toca estar en este mundo, sino pensando en la eternidad que nos espera. Esta es la costumbre establecida en Roma. Todas estas Comuniones, si habeis de recobrar la salud, harán que aquellos dias de padecimientos, sean dias de santificacion que influirán para lo venidero: mas si ha sonado la hora de la muerte, prepararán para recibir dignamente la Extremauncion y dispondrán el alma para presentarse ante el supremo tribunal de Dios, completamente purificada por su amor.

Y vosotros, padres, no olvideis lo que acabo de indicar si teneis la desgracia de que caiga enfermo alguno de vuestros hijos; porque la Iglesia nuestra Madre nos dice muy terminantemente que no solo pueden sino que deben comulgar desde que han alcanzado el uso de razon, y añade además el Papa Benedicto XIV, que basta que el niño “pueda hacer la debida distincion

entre aquel celestial manjar y otro cualquiera vulgar alimento." ¡Cuán santamente comulgan los niños enfermos! Obra en ellos con una fuerza admirable la gracia del Bautismo, preparándoles, mejor que todos nuestros esfuerzos, para recibir dignamente tan divino Sacramento.

CONCLUSION.

¿Cuál es para tí, mi querido lector, la conclusion práctica de este opúsculo? Será que de aquí en adelante te acerques diariamente á recibir el sagrado Pan de los Angeles? El dar indistintamente á todos un consejo de este genero, seria una de las mayores imprudencias; y por esto me limito solamente á aconsejarte en union de nuestra Madre la Iglesia que comungues todos los dias si es que vives y quieres vivir totalmente consagrado á Dios.

Mi deseo únicamente ha sido demostrarte, con la mayor claridad que me ha sido posible, su objeto y su uso: procurar infundirte el deseo de hacerlo con la mayor frecuencia posible, y si es diariamente, mejor; impedirte que entibies en lo mas mínimo á aquellos que lo practican santamente, y por último convencerte de que, lejos de tenerle miedo, debemos todos sin dis-

tinción acercarnos á menudo para satisfacer así cada día mas los deseos de la Iglesia que diariamente nos lo presenta.

Comulgad, repito, muy á menudo, y en el círculo de vuestras relaciones, ya sea este grande, ya reducido, procurad con verdadero celo imbuir tan sagrada máxima, que este es el deseo de nuestro divino Redentor. No hagás caso de los que te contradigan: practica solamente la fe, y sigue con paso firme y seguro por la senda que te han trazado los Santos. “Comulga á menudo decia el gran S. Francisco de Sales, tan á menudo como te sea posible con el consentimiento de tu director espiritual: y ten muy presente que así como en invierno las liebres se vuelven blancas en nuestras montañas, por la sencilla razon de que no ven ni comen otra cosa que nieve, así tambien á fuerza de adorar y recibir este divino Sacramento, la belleza, la suprema bondad y la pureza misma en su esencia, llegarás á ser tú completante bueno y puro.

SANCTE AO FRECUENTER.

(Ritual romano)

INDICE.

	PÁGINAS.
Introduccion.....	5
Verdadera idea de la sagrada Comunión.	8
I Para comulgar á menudo es necesario ser mas santo de lo que soy,.....	15
II. No soy digno de acercarme á Dios...	19
III. Cuando se comulga á menudo, este acto tan grande y trascendental lle- ga á hacerse por rutina, y no causa ya ninguna impresion.....	22
IV. Tomo familiarizarme con las cosas sagradas	24
V. No me atrevo á comulgar sin confe- sarme, y no puedo confesarme á ca- da momento.....,.....	26
VI. No se puede comulgar sin prepara- cion, y no tengo tiempo para prepa- rarme del modo debido.....	29
VII. Mas al comulgar mi corazon se queda frio é insensible; estoy distrai- do y no siento el menor fervor, la menor devocion.....	34

VIII. ¿Cómo he de atreverme á comulgar con frecuencia, si siempre vuelvo á caer en las mismas faltas.....?	38
IX. Comulgando á menudo, temo escandalizar á las personas que me conocen.....	43
X. Comulgando á menudo, disgustaría á mi familia.....	46
XI. Conozco muchas personas piadosas que comulgan muy rara vez.....	50
XII. Mis deseos serian comulgar á menudo; pero mi confesor no me lo permite.....	52
XIII. No está en uso en nuestro pais comulgar á menudo.....	61
XIV. Ya hay bastante con comulgar en las grandes fiestas ó todo lo mas una vez al mes.....	63
XV. En resúmen, todo esto está llevado hasta la exageracion, y ademas es casi imposible ponerlo en práctica..	67
La frecuente Comunión para los niños...	71
La frecuente Comunión para los jóvenes.	78
La frecuente Comunión en los Seminarios.	83
La frecuente Comunión para los afligidos y enfermos.....	88
Conclusion	93